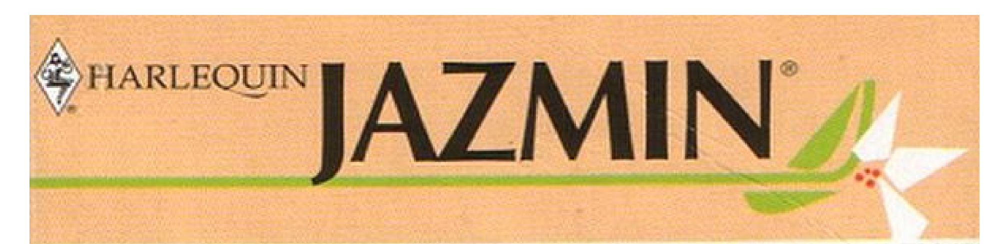


Volver al amor SUSAN FOX

Volvía a casa… ¿para convertirse en su esposa?

Cuando Selena Keith resultó herida en aquel accidente de coche, no esperaba que Morgan Conroe le ofreciera irse a vivir con él. Selena no había visto a Morgan desde hacía dos largos años, aunque su amor por él no había desaparecido… Él siempre había sido un tipo tranquilo y controlado, pero al cuidar a Selena se dio cuenta de lo que había dejado escapar la última vez… algo que no estaba dispuesto a perder de nuevo.



Susan Fox

Volver al amor

Jazmín - 05

ePub r1.0
LDS 04.12.16

Título original: *A marriage worth waiting for*
Susan Fox, 2004
Traducción: Arantxa Azurmendi Muñoa
Publicado originalmente: Mills and Boon Tender Romance (MTR) - 278 / Harlequin Romance (HR) - 3796
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



Capítulo 1

Selena Keith no había padecido jamás una lesión hasta que tuvo el accidente. Estaba esperando a girar a la derecha en un cruce cuando otro coche se saltó un semáforo rojo y chocó contra ella, justo detrás de la puerta del conductor. No se había roto ningún hueso, pero tenía el cuerpo y la cabeza llenos de hematomas y contusiones, y cualquier movimiento, por leve que fuera, le provocaba un intenso dolor.

Estaba en el hospital desde la tarde anterior. Hacía apenas media hora se había desplazado con la ayuda de una enfermera de la cama a una silla, y conseguirlo había sido una labor hercúlea.

Acostumbrada a rebosar vitalidad y energía, aquella debilidad la desesperaba. Y estar tan cerca de la muerte había dejado su espíritu igualmente debilitado.

La fragilidad le impedía contener la melancolía que había logrado reprimir durante los dos últimos años y las lágrimas inundaban sus ojos a cada instante. Sin embargo, no podía llorar porque, tal y como ya había comprobado, las sacudidas del llanto arrastraban su cuerpo y su cabeza a una espantosa agonía.

Cerró los ojos unos segundos y oyó abrirse la puerta de la habitación. Estaba tan acostumbrada a las entradas y salidas de las enfermeras y médicos que no se molestó en comprobar quién entraba. Lo que llamó su atención fue el ruido de botas en lugar del sonido de los zuecos del personal médico. Y de pronto su corazón identificó la muda presencia de la única persona que no olvidaría ni aunque viviera cien años.

Las pisadas se detuvieron junto a la cama. El aire se llenó del aroma a cuero, a aire fresco y a after-shave de almizcle y Selena sintió que sus ojos se llenaban automáticamente de lágrimas.

—Estás horrorosa.

Morgan Conroe no se andaba con rodeos ni decía las cosas con sutileza.

Por eso ella había dejado Conroe Ranch. Y el hecho de que él nunca se hubiera puesto en contacto con ella desde el día en que dejó el rancho demostraba que había tomado la decisión correcta. Puesto que sabía que Morgan nunca cambiaría de opinión respecto a ella, y que ella nunca dejaría de sentir lo que sentía por él, la única solución posible era desaparecer.

—Nadie ha pedido tu opinión —dijo, y abrió los ojos. Sabía que parecía tan frágil como se sentía, así que trató de defenderse tras un tono adusto—. Regodéate si quieres. Pero márchate cuanto antes.

Sólo entonces fijó sus ojos en él y creyó que se desmayaría. Para mujeres como ella, Morgan era la esencia de la masculinidad.

Era un texano de la cabeza a los pies, duro, varonil y arrogante. Una combinación perfecta de protector de los débiles y déspota temperamental e impredecible. Y tan increíblemente macho que a veces parecía un hombre de las cavernas.

Su rostro moreno y surcado de arrugas, así como su cabello negro y sus marcados pómulos hacían pensar en sus ancestros españoles. Pero sus ojos eran de un azul intenso que podía resultar frío como el hielo o brillar como una cálida llama. Sólo ocasionalmente miraban con ternura o sonreían. A menudo lanzaban destellos de irritación o incomodidad. Muy de tarde en tarde se mostraban enfadados.

Podía resultar amable si se lo proponía, pero se notaba que estaba acostumbrado a que las cosas se hicieran a su gusto. Morgan Conroe no era pasivo ni vacilante y no obedecía más leyes que las propias. Selena seguía sin comprender cómo había consentido que viviera con él en el rancho durante cinco años.

Su voz grave y aterciopelada la hizo estremecerse.

—He venido a llevarte a casa —dijo con firmeza.

Selena tardó unos segundos en comprender. Cuando lo hizo, el dolor y la frustración del pasado y del presente se conjugaron en una sacudida de dolor tan intensa que se llevó la mano a la cabeza

automáticamente como si con ello pudiera frenarla.

—Márchate —susurró.

Los dedos que se cerraron sobre su muñeca tenían la aspereza de las manos encallecidas. Morgan la obligó a bajar el brazo y le agarró la mano. Con la otra, le acarició suavemente la frente.

—Te duele, ¿verdad pequeña? —La dulzura de aquel comentario fue como una bocanada de aire cálido—. Relájate —continuó Morgan en un susurro—. Estas malditas contusiones…

Súbitamente el dolor comenzó a remitir a medida que aquella mano firme y áspera comenzó a masajearle la cabeza hasta convertir el dolor agudo en una molestia mucho más soportable.

Selena tuvo la visión de Morgan atendiendo a un animal herido. Nadie lo hacía tan bien como él. Su brusquedad con las personas se convertía en delicadeza hacia los animales y los niños. Cuanto más pequeños y débiles eran, más lo buscaban instintivamente. Aquélla era una de las razones por las que se había enamorado de él. A los doce años lo idolatraba. Ella era una niña delgada y frágil de ciudad cuya impredecible madre se casó con el padre de Morgan. Era terriblemente tímida y la ruda vida del rancho la aterrorizaba.

Pero él, bastante mayor que ella, había sido amable y paciente, y ella se acostumbró a seguirlo a todas partes y, finalmente, a venerarlo. Él le enseñó a montar, a pescar y a disparar, y al mismo tiempo la instruyó sobre cómo debía comportarse una señorita en público. Decidía el largo de sus faldas y hablaba con los chicos con los que salía. También le enseñó a bailar. En definitiva, de él había aprendido todo lo que sabía y con él se había sentido segura y protegida.

Pero todo eso cambió cuando, con el paso del tiempo, se enamoró de él. Desde aquel instante, Morgan se distanció y evitó quedarse a solas con ella.

Dolida y sintiéndose abandonada, Selena hizo lo posible por permanecer junto a él. Hasta el espantoso día en el que, ya con diecisiete años, la frustración y la impetuosidad del amor adolescente la llevaron a acorralarlo y a confesar.

Ni siquiera después de tanto tiempo podía soportar el recuerdo de aquella terrible escena. Pero tratar de ahuyentarlo la devolvió al presente y a aquella mano reconfortante que masajeaba con suavidad su dolorida cabeza. Sus sentimientos habían madurado

con la edad pero no habían cambiado, y sólo podrían causarle más dolor del que ya había padecido. Hizo un esfuerzo sobrehumano para soltar la mano que él sujetaba y movió débilmente la cabeza.

—Para, por favor.

Habló con más brusquedad de lo que había pretendido, pero prefería ocultar sus sentimientos a arriesgarse a ser rechazada.

—Está bien, pequeña. —Morgan retiró la mano pero le acarició la mejilla, y para Selena aquel roce y la dulzura de su voz fueron como un auténtico bálsamo—. Descansa. Yo me ocuparé de todo.

Selena sintió un estremecimiento de felicidad. «Yo me ocuparé de todo» significaba «Yo cuidaré de ti», y por más que su sentido común le advirtió que no debía dar mayor importancia a aquellas palabras, en su estado de debilidad y agotamiento fueron como música para sus oídos.

Plácidamente, la oscuridad la arrastró hacia un lugar al que Morgan Conroe no podía seguirla.

—El señor Conroe ha dispuesto que convalezca en su casa. Me ha asegurado que la atenderán las veinticuatro horas del día. —Selena escuchó las palabras del médico desconcertada, pero antes de que pudiera protestar, él continuó—: De otra manera, la obligaría a permanecer en el hospital al menos un día más.

Una de regla de oro con la que siempre había vivido impidió que Selena protestara. Jamás hablaba de problemas familiares. Desde pequeña, el estilo de vida bohemio de su madre la había avergonzado. Y cuando ésta se casó con el padre de Morgan guardó silencio al descubrir sus infidelidades y sus pequeños secretos.

Tampoco le había hablado a nadie de su amor por su hermanastro hasta que se lo declaró a él mismo. Y, por supuesto, jamás le contó a nadie la dureza con la que había sido rechazada.

Así que a Selena no se le pasó por la cabeza decir nada al médico, especialmente que la única casa que ella consideraba aquellos días como propia era su pequeño apartamento.

Lo fundamental en aquel instante era librarse de la depresión que sentía. En cuanto el médico le diera el alta, llamaría a un taxi y huiría de Morgan. No había vuelto desde la mañana del día anterior, así que, con un poco de suerte, escaparía antes de que volviera.

La víspera, una amiga le había llevado algo de ropa. Se sentía

mejor y estaba ansiosa por salir del hospital. Le habían quitado el suero y pronto estarían listas las medicinas que debía llevarse a casa. Así que en cuanto el médico salió de la habitación, llamó a un taxi y se levantó.

Pronto descubrió que vestirse era todo un reto. El agudo dolor que acompañaba a cada uno de sus movimientos la obligó a sentarse, exhausta y sudorosa.

En cuanto llegara a su apartamento se encontraría mejor. Podría echarse y dormir. Un día más de reposo y su cuerpo mejoraría notablemente. Estaba segura de que estar en casa le iba a sentar bien.

Una enfermera entró con unos papeles para firmar y con un carrito con las flores y plantas qué habían mandado sus amigos. Al mismo tiempo, una auxiliar preparó una bolsa con sus pertenencias y las medicinas. Una tercera persona entró con una silla de ruedas. Tras ayudarla a sentarse la condujo por un laberinto de pasillos y ascensores hasta la salida.

Lo había conseguido. Morgan no se había presentado y ni la enfermera ni la auxiliar dijeron nada al respecto. Era evidente que pensaban que el taxi lo enviaba su familia.

Selena estaba segura de poder arreglárselas sola mientras no tuviese que salir a la calle. Y varios amigos se habían ofrecido a hacerle la compra y a ayudarla en lo que fuera. Sólo tenía que conseguir llegar a casa.

En aquel preciso instante, un todoterreno verde oscuro se detuvo detrás del taxi. Selena no necesitó ver el escudo de Conroe Ranch para saber quién lo conducía.

Sin apagar el motor, Morgan se aproximó al conductor del taxi, cruzó unas palabras con él y le estrechó la mano bajo la atenta mirada de Selena, quien tuvo la certeza de que de una mano a otra pasaba un billete por una cantidad considerable de dinero y con él, la única vía de escape que le quedaba. Después, Morgan fue hacia ella.

—Hola, Selly —dijo, con una sonrisa y un tono íntimos que obligaron a Selena a apartar la mirada. La melancolía de que la llamara por el apelativo cariñoso que usaba cuando era niña le recordó la felicidad de los viejos tiempos y ésta contrastó aún más con la ira que sentía hacia él en aquel momento.

Sólo la debilidad física impidió que reaccionara ante la arrogancia con la que Morgan actuaba. Y la rabia combinada con la incapacidad de rebelarse le quitaron la poca energía que le quedaba. La cabeza volvió a dolerle con intensidad y su único deseo fue poder huir y esconderse de Morgan y todo lo relacionado con él.

Pero su enfado se intensificó al ver que Morgan ordenaba a la enfermera y a la auxiliar que la llevaran a su coche. Hacía dos años que no sabía nada de él, excepto por los cheques que recibía regularmente con los beneficios que le correspondían por las acciones que poseía del rancho. En dos años no se había comunicado con ella ni para disculparse ni para intentar reconciliarse, y de pronto se presentaba en su vida como si tuviera todo el derecho a invadirla y a tomar decisiones.

Como no quería que las enfermeras notaran que había algo extraño y fueran a preguntar al médico sobre las condiciones del alta hospitalario, prefirió actuar como si estuviera de acuerdo con los arreglos hechos por Morgan.

Él dedicó su sonrisa más encantadora a la enfermera. Ésta llevó la silla de ruedas hasta el asiento del acompañante y ayudó a Selena a ponerse en pie. Morgan abrió la puerta y la sujetó por el brazo. Ella intentó disimular su irritación.

—Quiero irme a casa —dijo en voz baja. El rostro de Morgan se nubló de manera imperceptible, tal y como ella sabía que sucedía cuando estaba a punto de enfadarse, pero un observador externo no hubiera notado nada.

—Pasaremos por tu apartamento para que recojas algunas cosas.

Selena no dijo nada, pero estaba decidida a no moverse de su apartamento. No quedaba muy lejos y en cuanto llegaran, sin testigos, le diría a Morgan con toda claridad que no tenía intención de ir al rancho.

Si todo lo demás fallaba, se encerraría en su dormitorio y se metería en la cama. Le irritaba estar tan débil y notar que se le estaba acabando la poca energía que tenía, pero estaba segura de que, en cuanto se echara, se dormiría. Y dudaba de que Morgan fuera capaz de obligarla a levantarse. Estaba lo bastante familiarizado con heridas y contusiones como para saber que el descanso era fundamental.

Selena tuvo que aceptar la mano de Morgan como apoyo para

dar unos pasos de la silla al coche. En cuanto pudo, se soltó y se agarró al marco de la puerta para subirse. Era un coche alto y Morgan la tomó en brazos y la dejó sobre el asiento con delicadeza. Ella quiso protestar, pero su parte racional le agradeció que le evitara el esfuerzo.

Morgan le abrochó el cinturón de seguridad antes de cerrar la puerta con firmeza y Selena tuvo que hacer un esfuerzo para contener la agitación que le causó estar tan cerca de él y sentir sus dedos a través de la ropa, primero en el estómago y luego en la cadera, mientras le ajustaba el cinturón.

Después de días padeciendo dolor y años echando de menos a Morgan, estar en sus brazos y ser tocada por él era una sensación tan maravillosa que tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para disimular cuánto la perturbaba.

Esperó con los ojos cerrados a que Morgan metiera las plantas y flores en el maletero. Oyó el ruido de las bolsas y luego el golpe seco del maletero al cerrarse. Unos segundos más tarde, él se ponía al volante. Se abrochó el cinturón y, lentamente, puso el coche en marcha.

El leve ejercicio que había tenido que realizar agravó el dolor de cabeza de Selena. Abrió los ojos y fue consciente de la aprensión que sentía al estar montada en un coche, particularmente cada vez que llegaban a una intersección. Aunque el todoterreno de Morgan era mucho más sólido que su pequeño utilitario, y a pesar de que se movía con gran suavidad, Selena se mareó y la distancia hasta su apartamento se le hizo eterna. Cuando llegaron, estaba a punto de vomitar. Aún después de que Morgan detuviera el coche, Selena tuvo que concentrarse en respirar profundamente para contener las náuseas.

—¿Por qué demonios no has dicho nada? —preguntó Morgan en tono impaciente y preocupado.

Selena pensó que lo bueno de encontrarse mal era que Morgan comprobaría por sí mismo que no estaba en condiciones de ir en coche hasta el rancho. Así evitaría gastar energía haciéndoselo comprender.

—Siempre me has dicho que no haga ningún caso a los chicos que dicen palabrotas. —Selena sonrió para sí con satisfacción al ver que había desconcertado a Morgan durante unos segundos.

—Eres como un gato herido que no quiere mostrar su debilidad. Quéjate y protesta todo lo que haga falta —dijo al fin, irritado—. ¿Has comido algo?

—¿Quieres comprobarlo? —Selena se sintió mejor al adoptar una actitud retadora. Hubo un nuevo silencio, sólo interrumpido por el murmullo del motor en marcha y del aire acondicionado.

La leve vibración del coche retrasó la recuperación de Selena, pero por fin abrió los ojos y separó la cabeza del asiento. Morgan interpretó el movimiento como una señal de que se encontraba mejor. Bajó del coche y fue hacia su lado mientras Selena buscaba torpemente las llaves en el bolso. Morgan abrió la puerta y se las quitó de la mano antes de hacer ademán de tomarla en brazos.

Selena lo frenó poniéndole una mano en el pecho.

—Puedo caminar.

Morgan le tomó la mano y se la pasó por detrás del cuello.

—¿Te duele?

Selena lo miró con enfado.

—He dicho que puedo andar.

—Es más fácil levantarte ahora que cuando te flaqueen las piernas. —Morgan la alzó, dio un paso afras y cerró la puerta con el pie.

Selena respiró profundamente el aroma de su after-shave, y la sensación de seguridad que le transmitieron sus brazos y el refugio de su pecho hizo que por unos instantes olvidara lo dolorido que tenía el cuerpo.

La camisa de algodón no era más que una fina capa de separación entre el calor y la fuerza de los músculos de Morgan y la piel desnuda de su brazo y de su mano. Selena evitó mirar el perfil de su atractivo rostro mientras la llevaba dentro del edificio.

Cargaba con ella como si fuera una pluma y su incuestionable masculinidad la hacía sentirse plenamente femenina e irresistiblemente atraída hacia él.

En pocos segundos pasaron el vestíbulo y llegaron al apartamento, donde Morgan abrió la puerta sin necesidad de dejarla en el suelo. Una vez dentro, Selena supuso que la soltaría, pero cruzó el cuarto de estar y se dirigió hacia su dormitorio con paso firme.

—Espera —dijo ella. Y Morgan se paró en seco.

—Necesitas echar una siesta.

Selena se removió y Morgan la dejó en el suelo.

—Cuando te vayas —dio unos pasos hacia un sillón—, te agradecería que metieras mis cosas en casa antes de volver al rancho.

Selena le oyó sacudir las llaves y supo lo que significaba el silencio que siguió a su insinuación de que quería estar sola. Morgan nunca gastaba saliva en lo que consideraba «discusiones sin sentido».

Claro que para él las «discusiones sin sentido» eran aquellas relativas a «hechos objetivos», es decir, aquellos fijados por las «normas establecidas» y, por tanto, incuestionables. Y en Conroe Ranch, Morgan decidía cuáles eran las normas establecidas. Era una actitud heredada y aprendida de sus antepasados, lo que convertía en un autócrata de ideas fijas e inamovibles. Selena no tenía ni la más leve esperanza de convencerlo. Pero tenía la certeza de que no podía volver al mundo en el que él dictaba las leyes.

Capítulo 2

Selena no consiguió relajarse hasta que Morgan fue a por sus cosas. En cuanto se marchó, apoyó la cabeza en el respaldo del sillón y cerró los ojos.

Hacía un año y medio hubiera estado encantada de que Morgan irrumpiera en su vida. Pero entonces sólo llevaba seis meses fuera de Conroe Ranch. Seis meses no eran nada para alguien tan testarudo como Morgan y durante aquel tiempo ella había albergado la esperanza de una reconciliación. Nunca llegó a comprender por qué Morgan la había evitado a lo largo de aquellos años.

Pero los seis meses se convirtieron en siete, después en ocho y al fin en un año. Y con el tiempo tuvo que aceptar la dolorosa realidad de que la vida en el rancho había llegado a su fin y que ella y Morgan no volverían a verse.

Seguir adelante le había costado un esfuerzo sobrehumano y no podía permitirse creer que podía dar marcha atrás. Morgan eran demasiado severo e inflexible como para confiar en que pudieran volver a ser amigos. Y Selena estaba segura de que si llegaba a darse cuenta de que seguía enamorada de él, se distanciaría de nuevo y ella tendría que reponerse una vez más y pasar por el mismo sufrimiento que tanto le había costado superar.

Era posible que Morgan hubiera vuelto a su vida porque le quedaba un cierto sentimiento de obligación familiar hacia ella y se había sentido forzado a ayudarla al saber que estaba herida. Después de todo, su sentido de la responsabilidad y del deber

familiar eran dos de las características que Selena siempre había admirado en él y que la habían hecho sentirse segura y protegida mientras permaneció bajo su círculo de influencia.

Puesto que ninguno de los dos tenía más familia, parecía lógico que fuera ese sentimiento el que le hacía actuar. Pero aun así le costaba comprender que se tomara tantas molestias. Habían dejado de ser familia desde el momento en que ella lo estropeó todo a los diecisiete años. Ya antes de marcharse del rancho su madre y el padre de Morgan habían fallecido y después de dos años sin ningún contacto era extraño que Morgan se hubiera enterado tan pronto de que había sufrido un accidente y aún más que se presentara de inmediato a auxiliarla.

Selena estaba demasiado confusa como para analizar el comportamiento de Morgan. El sillón le resultaba tan cómodo que se quedó adormilada. De pronto sintió que la levantaban en brazos.

—Déjame en paz —balbuceó, pero Morgan no le hizo caso y la llevó al dormitorio.

Ella no tenía energía para pelear, y su corazón reaccionaba con tanta alegría a la proximidad de Morgan que le impedía ofrecer ningún tipo de resistencia.

Morgan la echó sobre la cama, le quitó los zapatos y la cubrió con la colcha. Selena sentía los párpados tan pesados que no pudo ni abrir los ojos.

Y de pronto, como si alguien apagara una luz en su cabeza, se quedó profundamente dormida.

Durmió casi todo el día, hasta el punto que Morgan llegó a preguntarse si no debía avisar al médico. Pero cuando la sacudió y ella le dijo una vez más que se fuera, decidió que era mejor dejarla descansar.

Cuando se despertara estaría incómoda por haber dormido vestida, pero él no podía hacer nada al respecto. Si Selena hubiera consentido en ir al rancho, las mujeres que trabajaban allí habrían podido ponerle un camisón.

Y la habrían bañado. No estaba seguro de que pudiera tenerse en pie mientras se duchaba, así que necesitaría que alguien la ayudara. Y no sería él. Llevaba demasiados años manteniéndose al otro lado de la raya como para cruzarla.

Aquellos pensamientos le hicieron cuestionarse una vez más qué

hacía allí. Pero prefería no pensar en ello. Sabía que la tensión que sentía en su interior era la explicación de todo y su instinto le decía que era mejor no empeñarse en descubrir la causa.

Prefería pensar que al recibir la llamada del hospital, se había sentido en la obligación de acudir en ayuda de Selena. No tenía familia que pudiera cuidarla en aquellas circunstancias y por ello decidió ir a verla. Aquella explicación le bastaba.

Por lo general, evitaba pensar en Selena Keith. Pero la idea de que había estado a punto de morir le produjo un sentimiento de angustia del que no lograba desembarazarse.

Hasta entonces le había bastado con saber dónde vivía y que se encontraba bien. Y que estaba lo suficientemente cerca como para poder ir a verla si sentía la necesidad de hacerlo.

Seguían unidos por un cordón invisible que nunca se cortaría. Y el accidente había hecho que el cordón se tensara y tirara de él. De pronto tuvo la certeza de que si no hacía algo, el cordón acabaría por romperse.

Tenía sensaciones que no sabía dominar ni interpretar y que por eso mismo prefería ignorar. Estaba inquieto. Miró a su alrededor. Sólo podía esperar a que Selena se despertara. Miró detenidamente las fotografías que estaban colgadas en el vestíbulo y, al descubrir dos suyas, tuvo un sentimiento de culpa. Luego encendió la televisión para ver la previsión del tiempo y el resumen de la bolsa. Finalmente, hizo un par de llamadas de negocios e intentó relajarse mientras esperaba.

Cuando llegó la hora de cenar, buscó la guía de teléfonos, llamó a un restaurante para pedir algo de comer y fue a recogerlo.

* * *

Selena trató de enfocar la mirada para ver la hora en el despertador. Eran las seis. Escuchó atentamente y, al no oír nada, dedujo que Morgan se había marchado y que estaba sola.

Sacó una muda, una camiseta y unos vaqueros del armario y fue al cuarto de baño. Cuando terminó de ducharse estaba agotada.

Se sentó en el dormitorio para secarse el pelo y mientras lo hacía intentó recordar si tenía algo de comer en la nevera. Los brazos se

le cansaron antes de que su densa melena de cabello liso se secara completamente y decidió prepararse algo de comer con la esperanza de que ingerir algún alimento elevara su nivel de energía.

En cuanto puso un pie en el vestíbulo oyó abrirse la puerta y el corazón se le encogió al reconocer las pisadas de Morgan. Había olvidado que tenía las llaves del apartamento. Ella misma se las había dado al llegar del hospital.

Coincidieron en la cocina. Selena reconoció el nombre del restaurante que estaba impreso en las cajas de comida y comprendió por qué había salido.

El aroma que escapaba de las cajas le abrió el apetito. La comida del hospital sólo le producía desgana y por primera vez sintió verdaderas ganas de comer. Morgan habló con aspereza:

—Esto te quitará el hambre —la miró de arriba abajo con expresión desaprobadora. Era evidente que no le parecía bien que se hubiera duchado, pero no dijo nada—. Siéntate. Comeremos enseguida.

Selena lo miró desolada.

—Morgan, gracias por la comida, pero en cuanto cenemos… —dejó la frase en suspenso pensando que sería demasiado descortés decir «tendrás que irte», pero Morgan comprendió el mensaje.

—Ya hablaremos más tarde —masculló.

Y Selena recordó que su idea de hablar sobre algo era que el otro obedeciera.

—Podemos sentarnos a la mesa —dijo con voz débil.

—¿Aquí o en la habitación de delante?

Selena reprimió una sonrisa.

—En la de delante —dijo, refiriéndose al cuarto de estar y comedor.

Aun siendo un hombre rico y educado, Morgan hablaba de una manera informal y utilizaba expresiones muy familiares. En su casa había una galería, un comedor, un cuarto de juegos y una sala de estar a los que se llamaba indistintamente «la habitación de delante».

Como el salón comedor de Selena daba a la calle, se había referido a él de la misma manera. A Morgan no le preocupaban los términos domésticos, y como conseguía hacerse entender, nunca mejoraba su vocabulario. Después de todo, contrataba a gente para

ocuparse de la casa. Su mundo, el que dominaba, estaba al aire libre.

Morgan siguió a Selena hacia «la habitación de delante». En una bandeja llevó la comida.

—¿Sigues comiendo la carne poco hecha? —preguntó, al tiempo que dejaba una de las cajas en la mesa.

Selena asintió. Al darse cuenta de que necesitaban algo para beber, apoyó las manos en la mesa e hizo ademán de levantarse, pero su cara se torció en una mueca de dolor.

—¿Qué quieres? —preguntó Morgan, cortante.

—Voy a hacer café. ¿O prefieres una tónica?

—Ya lo traigo yo. Luego puedes explicarme cómo hacer café —puso una de las cajas con carne y verdura delante de Selena—. Supongo que debería servirla en platos de verdad.

Selena se alegró de poder sentarse.

—Están en el armario de la izquierda del fregadero y los vasos, a la derecha. Los cubiertos, en el cajón, al lado del fogón.

Cuando Morgan salió, Selena devoró con la mirada la carne y las verduras que tenía delante. Agarró un guisante con la mano y se quedó mirándolo con la mirada perdida. Le dolía la cabeza y se encontraba cansada. Además, tenía tanta hambre que hubiera comido con las manos. Pero sobre todo, estaba confusa y la culpa era de Morgan.

El médico le había advertido que pasaría varios días de inestabilidad emocional. Tenía ganas de llorar todo el rato y el esfuerzo constante que hacía para contenerse le intensificaba el dolor de cabeza.

Morgan volvió de la cocina con cubiertos, platos y vasos. Sirvió la comida y abrió otra caja de la que sacó pan tostado. A continuación, volvió a la cocina por hielo y un par de tónicas. A pesar del hambre que tenía, Selena lo esperó para no ser descortés. Se puso con mucho cuidado la servilleta sobre el regazo y removió la comida con el tenedor.

—Empieza —dijo Morgan, al darse cuenta de que estaba ansiosa por comer.

Selena no esperó a que se lo dijera dos veces y empezó antes de que él acabara de servirse. Devoró los primeros bocados como si fuera la primera vez que comía en su vida. Igual que sucedía en el

rancho, comieron en silencio. Allí el trabajo era duro y cuando los hombres se sentaban a comer tenían tanto apetito que no podían perder tiempo hablando. Y como Morgan era un hombre de costumbres, el cambio de escenario no alteró sus hábitos. A Selena le alegró, porque en aquel instante estaba más interesada en comer que en hablar.

Casi había acabado el plato cuando se sintió llena. Morgan comía lenta y metódicamente, pero levantó la mirada al ver que ella daba su comida por terminada.

—He visto las fotografías del vestíbulo.

El comentario estalló como una bomba en medio del silencio y Selena, que había dado un sorbo a la tónica, estuvo a punto de atragantarse. Dejó el vaso y se secó los labios. Había olvidado su colección de fotografías. Casi todas eran de amigos, pero también había una de uno de sus caballos favoritos, Pepper Candy, otra de su madre y del padre de Morgan y un par de éste.

Aunque eran la prueba de la adoración que sentía por él, afortunadamente estaban mezcladas con las otras y no ocupaban un lugar preeminente en su mesilla o en algún lugar del dormitorio. Y por suerte, sólo había colgado dos y no todas las que guardaba en un álbum de fotos que escondía en un cajón.

—He visto la de Pepper Candy. Ha tenido crías hace poco. Cuando estés en el rancho las acercaré para que las veas.

Por fin llegaba el disparo de salida que Selena llevaba esperando desde hacía rato y que, de haberse adelantado, le hubiera quitado el apetito.

—No puedo ir al rancho —dijo en voz baja.

—Ahora que has comido bien no te marearás. —Morgan no quería aceptar que pudiera tener otra objeción que la meramente física.

—Ése no es el problema —insistió Selena, en voz queda pero firme.

—El problema es lo que ha dicho el médico, Sel —dijo Morgan con severidad.

Selena lo miró a los ojos y reconoció el gesto de cuando no aceptaba una negativa por respuesta.

—No estoy inválida.

—Los golpes en la cabeza no son ninguna tontería. Si me tienes

miedo, no te preocupes, buscaré un sitio donde dormir. No tienes por qué verme.

«Si me tienes miedo…».

Selena se estremeció. Morgan había dado en el clavo y no era de extrañar, puesto que ella misma lo había dejado claro en el pasado. Pero la cuestión no era tanto que tuviera miedo de él, sino estar cerca de él. Y no porque pensara que había la más remota posibilidad de que le hiciera daño físico, sino por el dolor que pudiera sufrir su corazón.

—¿Por qué haces esto, Morg?

—Ni siquiera lo sé —masculló él—. Pero ya eres mayor, Selly, y una parte del rancho te pertenece. No te hará mal pasar unos días en él. Después de todo, hubo un tiempo en el que te gustaba vivir allí. Y todo sigue igual.

Claro que todo seguía igual. Selena adoraba el rancho y nunca había dejado de echarlo de menos. Conroe Ranch había sido su primera casa de verdad, el primer lugar en el mundo en el que se había sentido totalmente segura y protegida.

Y Morgan era quien le había transmitido esos sentimientos. ¿Cómo no iba a estar enamorada del lugar y de la persona que le había proporcionado esa riqueza de emociones?

Le ofrecía mantenerse alejado durante el tiempo que estuviera en el rancho. Pero ella sabía bien que su presencia lo inundaba todo. No habría forma de dejar de pensar en él.

Su silencio se prolongó lo bastante como para que Morgan decidiera insistir.

—Em y Minna están deseando que vayas. Ayer prepararon tu dormitorio y se pasaron el día cocinando.

La mención de las hermanas Peat, que llevaban sirviendo en el rancho desde que Morgan era niño, hizo que los ojos de Selena se llenaran de lágrimas. Las dos hermanas cocinaban, limpiaban y mimaban a todo el que pasara por el rancho. Selena siempre les mandaba tarjetas de Navidad y regalos por sus cumpleaños, y ocasionalmente recibía una carta de ellas a la que respondía con especial atención.

—¿Por qué se lo has contado? —preguntó con voz quejumbrosa al tiempo que dejaba la servilleta a un lado y hacía ademán de levantarse.

Morgan se lo impidió sujetándola por la muñeca.

—Es hora de que vuelvas a casa, Selena.

Su tono amable fue como una caricia que amenazó con romper el frágil equilibrio de Selena, y el roce de su mano hizo que le temblara todo el cuerpo.

—Estás jugando sucio —dijo con un hilo de voz.

—Es la única manera de conseguir lo que quiero.

Ni aquel comentario ni el salto que le dio el corazón tomaron a Selena por sorpresa, pero sabía que no debía caer en el error de pensar que Morgan actuaba por motivos sentimentales o románticos.

Llevándola a Conroe Ranch, Morgan cumplía con su sentido de la obligación. Sus padres habían estado casados y durante años vivieron bajo el mismo techo y trabajaron juntos. Daba lo mismo que llevaran varios años separados. Morgan creía que cuidar de ella era una de sus responsabilidades.

Estaba segura de que si no le hubiera llegado la noticia del accidente, Morgan no habría pensado en ella más que para mandarle cheques y no habría hecho el menor esfuerzo por ponerse en contacto con ella. Ni siquiera se habría acordado de su existencia.

Tenía la más absoluta certeza de que aquélla era la brutal verdad. También sabía que, por más que él insistiera en que cumplía las órdenes del médico, ella podía negarse a ir con él al rancho. O podía obedecer.

Su corazón se debatió entre el pánico y el deseo de estar junto a Morgan. Quizá sería la mejor cura para erradicar de una vez por todas sus sentimientos hacia él. Tal vez si se exponía al peligro de sufrir y volvía a superarlo acabaría por curarse definitivamente.

—He dicho en serio lo de dormir fuera del rancho —dijo Morgan. Y Selena se tensó para que no notara el efecto que tenía la caricia que le hizo en la muñeca.

—No hace falta —tiró del brazo para soltarse—. Supongo que prefieres salir hoy mismo.

—Sólo tienes una cama.

—¿Y si vuelvo a marearme?

—Pararemos tantas veces como sea necesario o buscaremos un motel para pasar la noche.

Selena se irguió cuanto pudo.

—A ver cómo me encuentro después de hacer el equipaje —dijo, y fue hacia el dormitorio.

La comida la había fortalecido. Aun así, cuando acabó tuvo que sentarse a descansar. Vio el secador que había utilizado un rato antes y lo metió en un cajón.

En el pasado ella y Morgan habían sido amigos. En un pasado glorioso había besado el suelo que él pisaba. Y en aquel mismo tiempo a Morgan le había dado lo mismo.

Para la mente de Selena todo aquello formaba parte de un pasado remoto y olvidado, pero para su corazón era lo único que quedaba de un periodo mágico de su vida que hubiera querido proyectar hacia el futuro.

Cabía la posibilidad de que al confrontar el recuerdo con la realidad, éste perdiera parte del halo dorado que todavía tenía en su mente.

O tal vez volvía porque estaba cansada y dolorida, y extremadamente emocional. También era posible que quisiera volver porque sentía la necesidad de retornar a un lugar que recordaba como seguro y tranquilo.

Lo cierto era que, aunque sabía que se arrepentiría, Selena no tenía la fuerza suficiente como para decirle a Morgan que no se marcharía con él.

Capítulo 3

El viaje a Conroe Ranch no presentó complicaciones y Selena durmió casi todo el camino. Llegaron a medianoche. Selena le pidió a Morgan que no avisara a las hermanas Peat, así que nadie los esperaba para darles la bienvenida.

Pero al no contar con ayuda, tuvo que aceptar que Morgan la llevara en brazos hasta su dormitorio. Tras dejarla sentada en la cama, él subió su maleta e insistió en ayudarla a colgar la ropa.

A Selena le resultó extraño y enternecedor verlo manipular la percha para conseguir colgar adecuadamente una de sus blusas. Se esmeró tanto, que ella terminó de colgar el resto de la ropa antes de que él le mostrara la blusa con expresión satisfecha para que le diera su aprobación.

—Lo has hecho muy bien —dijo ella—. Gracias.

Morgan tomó las perchas que Selena había usado y las llevó al vestidor. El resto del equipaje tendría que esperar hasta el día siguiente.

—Tengo un juego de walkie-talkies —dijo Morgan—. Voy a traerlos mientras te preparas para meterte en la cama. ¿Quieres que avise a Em o a Minna?

Selena se sentó para esperar a que se marchara. Se estaba quedando sin fuerza y estaba ansiosa por dormir.

—No, estoy bien.

—¿Mareada? —Morgan la miró fijamente.

—Un poco. Es normal.

Se miraron en silencio y Selena creyó ver algo especial en la

expresión sombría de Morgan, algo tierno y al mismo tiempo de una fiereza que la hizo estremecerse de placer.

Él fue el primero en retirar la mirada y también eso le produjo una pequeña satisfacción.

—Voy a por los walkies —dijo él. Y al salir se llevó consigo aquel instante mágico que Selena pensó haber imaginado.

* * *

La casa nunca le había parecido tan habitada y al mismo tiempo tan íntima. Era medianoche y las hermanas Peat debían de llevar varias horas durmiendo. Sin su ruidoso parloteo, el cordón que lo unía a Selena se había hecho más fuerte. De pronto sentía su presencia en todas partes y por eso la casa transmitía aquella sensación de plenitud.

Morgan estaba desconcertado por lo que había sentido hacía unos instantes en el dormitorio de Selly.

Había observado los síntomas de cansancio en su rostro cuando de pronto se encontró pensando en lo largo y brillante que tenía el cabello. Lo llevaba con raya en medio y le caía hasta la cintura.

Sus ojos no eran sencillamente azules, sino del azul del cielo una mañana de primavera, y su piel tenía una palidez delicada, tanto por su estado convaleciente como por el hecho de que ya no pasaba los días al aire libre.

Su cuerpo adolescente se había redondeado hasta alcanzar lo que para él era la perfección anatómica. De haber sido una yegua la habría seleccionado para cruzarla con su mejor semental y mejorar la herencia genética de los futuros potrillos.

El crudo paralelismo despertó en él pensamientos lascivos, pero como no era un animal dominado por sus instintos supo reprimirlos.

Cuando subió con los walkies, había ejercido tal control sobre sí mismo que podría haber pasado por un hombre tallado en hielo. Selena tenía la puerta del cuarto de baño cerrada, así que asumió que estaba allí y no se molestó en darle las buenas noches. Prefería evitar oír su dulce voz o, peor aún, verla en camisón. No quería saber qué aspecto tenía al irse a la cama. La penumbra de la habitación creaba un ambiente idóneo para despertar sensaciones

que tanto él como Selena debían evitar.

Decidió esperar en el vestíbulo y durante los segundos que pasaron hasta que oyó algún ruido se puso tan nervioso que volvió a considerar la posibilidad de pasar las noches siguientes fuera del rancho. Tal vez así no estaría tan pendiente de ella.

Pero al recordar lo que había pensado unos minutos antes, se dio cuenta de que para alejarse lo bastante, tendría que viajar a otro país.

* * *

Selena no se despertó hasta las once de la mañana. Sólo le quedaba un leve dolor de cabeza y tenía el cuerpo mucho menos dolorido, por lo que pudo darse una ducha sin quedar completamente exhausta.

Antes de que llegara al último peldaño de las escaleras, Em y Minna salieron a recibirla.

—Mira a nuestra Selena —dijo Em, dándole un abrazo antes de mirarla con atención—. Está pálida, pero es por culpa de la ciudad.

Minna la abrazó a su vez.

—Tiene muy buen aspecto para lo que le ha pasado.

—Desde luego que sí —dijo Em—. Y seguro que tiene hambre —se dirigió a Selena—. Tenemos todo lo que te gusta. ¿Qué quieres?

—Cualquier cosa.

—Entonces decide dónde quieres comer.

—Podemos servirte en el salón para que estés más cómoda —sugirió Minna.

—¿Qué quieres beber?

Selena sonrió.

—Té helado, pero puedo ir por él yo misma.

—Ni hablar —dijo Em, ofendida—. El médico ha dicho que descanses y comas bien.

Selena sacudió la cabeza.

—No quiero daros trabajo.

—De eso vivimos —insistió Em—. No ha pasado tanto tiempo como para que no lo recuerdes.

Minna intervino:

—Em, ya sabes que es tan orgullosa como Morgan. Ninguno de los dos está dispuesto a admitir que tiene problemas.

Em escrutó el rostro de Selena como si buscara pistas sobre su estado de ánimo.

—Tienes razón, es mejor dejarlos solos y esperar a que pidan ayuda.

Una de las características más divertidas de las hermanas era aquella tendencia a mantener una conversación sobre alguien delante de la persona en cuestión. Selena no lo había olvidado y ser testigo una vez más de una de aquellas escenas le hizo sentir una espantosa nostalgia.

Al quedarse sin palabras se limitó a abrazar a cada una de las hermanas por turno.

—Os he echado de menos —balbuceó con un hilo de voz.

—Y nosotras a ti —dijo Emma.

Y Minna añadió:

—Y el jefe también, aunque preferiría tragarse un cuchillo antes que admitirlo.

—Min, no digas eso —la censuró Em—. Al menos hasta que él se dé cuenta por sí mismo.

Selena hizo como que no escuchaba.

—Voy al salón —dijo precipitadamente. Y Em le lanzó una mirada interrogadora. A ninguna de las hermanas se le escapaba el más mínimo detalle.

Selena vio el otro walkie-talkie sobre una encimera de la cocina y se dio cuenta de que Morgan lo había dejado allí por si necesitaba que las hermanas subieran a su dormitorio, y una vez más, reflexionó sobre su acentuado sentido de la responsabilidad.

Se sentó en uno de los sillones con la intención de relajarse, pero no consiguió dejar de pensar en el comentario de Minna.

La idea de que Morgan la echara de menos era halagadora, pero fuera o no verdad, prefería que Minna no hubiera dicho nada. Tanto ella como Em conocían a Morgan desde pequeño y siempre sabían lo que pensaba y por qué hacía lo que hacía, así que era difícil no tener en cuenta su opinión.

Pero Em también había dicho: «Al menos hasta que él se dé cuenta por sí mismo».

¿Qué habría querido insinuar? Si uno no sabía qué sentía era

porque no sentía nada. En eso Morgan era como los demás. Y Selena no podía imaginar que echara de menos nada y mucho menos a nadie.

Em y Minna lo adoraban y siempre habían sentido debilidad por ella, así que era lógico que proyectaran sobre ellos sus propios deseos. Selena alzó la mirada al oír entrar a Minna. Llevaba una jarra de té helado y un vaso lleno de hielo.

—El jefe vendrá después de comer. Tiene mucho trabajo en el despacho —comentó al tiempo que te servía.

—Gracias, Min —dijo Selena con una sonrisa.

Em llegó con una bandeja en la que llevaba un sándwich y tarta de manzana.

—Tengo helado de vainilla casero. Tu favorito —dijo, al tiempo que dejaba la bandeja sobre una mesa—. Cuando vayas a tomar la tarta, avísame.

—Muchas gracias.

Las dos mujeres salieron por puertas distintas, Em hacia la cocina y Minna hacia el exterior. Solían turnarse para ir al buzón y Selena dedujo que era el día de Minna.

Se puso la servilleta y dio un bocado al sándwich. Estaba excelente y en poco tiempo casi lo había acabado. Como si la estuviera espiando, Em entró con el helado en el preciso momento en que empezaba la tarta y le sirvió una gran bola.

—¿Quieres que te deje el resto?

Selena sonrió con timidez.

—Ya es bastante, gracias.

—Llámame si cambias de idea.

—Lo haré —dijo Selena, y tuvo que hacer un esfuerzo para ocultar la emoción que la embargaba ante las continuas muestras de afecto de las hermanas Peat.

Cuando llegó al rancho con su madre años atrás, las dos mujeres se habían escandalizado por lo pálida y delgada que estaba. Hasta entonces, Selena había tenido que cuidar de sí misma y se había acostumbrado a la comida basura, al queso y a los cereales. Jamás había probado un buen filete, ni mucho menos marisco. Y la verdura y la fruta eran una rareza para ella.

La variedad y abundancia del rancho le resultaron chocantes y al principio se había negado a comer.

Em tardó casi dos semanas en darse cuenta de por qué la niña sólo tomaba pan y postre, y comenzó de inmediato, junto con Minna, una campaña para que aprendiera a comer. Así, poco a poco, la fueron animando a probar una cosa y otra, y tomaron nota de aquello que más le gustaba.

Con aquel método, no sólo reeducaron sus hábitos alimenticios, sino que se ganaron su afecto incondicional. Em y Minna le hicieron sentir importante por primera vez en su vida en lugar de un mero estorbo.

El cambio que se produjo en ella animó a Em y Minna tanto que, aun después de haber conseguido su objetivo, continuaron buscando platos de su agrado, además de asegurarse de que siempre hubiera alguna de sus comidas favoritas.

También se ocuparon de su ropa y de que siempre fuera limpia y aseada, y hasta le planchaban la ropa de trabajo. Le enseñaron a hacer la colada, a recoger y a hacerse la cama, pero una vez aprendió, insistieron en hacerlo ellas.

Y hasta le enseñaron a cocinar, dejándola entrar en su cocina, donde nadie más era admitido. Siempre encontraban algún motivo para animarla y hasta le dejaron probar recetas secretas que llevaban varias generaciones en la familia Peat y que nadie más conocía.

Todos aquellos recuerdos hicieron que Selena se sintiera triste y tuvo que recordarse que ya no era una niña desvalida, sino una mujer hecha y derecha. Pero aun así no se libró de la sensación de dolor que había acompañado a aquellos recuerdos de infancia.

Había ido a Conroe Ranch para ver si solo era su imaginación lo que lo había convertido en un lugar idílico en su mente. Por un instante pensó que podía ser la mejor forma de romper de una vez por todas con Morgan. Y en lugar de eso, estaba experimentando sensaciones que sólo servirían para reforzar la idea de que el rancho era el paraíso.

Tras una noche de sueño y descanso le parecía evidente que había cometido un error y que se exponía a que Morgan le rompiera el corazón una vez más. De hecho, la nostalgia y un profundo deseo de quedarse para siempre, ya se lo estaban rompiendo. Y que hubiera sucedido tan pronto significaba que la supuesta independencia que había logrado en aquellos últimos años era una

farsa.

De pronto se dio cuenta de que estaba agotada y que había comido demasiado. Para no pensar en el cansancio se puso en pie, tomó la bandeja y la llevó a la cocina.

Em la miró con desaprobación al verla entrar y corrió a quitársela de las manos.

—Deberías echarte —comentó con dulzura.

—Voy a sentarme en el patio.

—Ten cuidado. Hace calor.

—No te preocupes.

Cruzó las habitaciones de la planta baja, aunque se mantuvo alejada del despacho de Morgan. Nada había cambiado, ni las lámparas, ni los cuadros, ni las alfombras. Era como si el tiempo se hubiera detenido en Conroe Ranch, como en la fábula de Brigadoon, donde se esperaba que todo volviera a la vida un día mágico. Intentó no pensar en el resto de la historia: si uno de los habitantes de Brigadoon se marchaba, el lugar dejaba de existir. Era evidente que el rancho había sobrevivido a su ausencia.

Finalmente salió al patio y se sentó en una hamaca a la sombra de un árbol. Se relajó y contempló una maceta con flores. Era demasiado temprano y hacía un calor excesivo para que se acercaran los primeros colibríes. Por contraste con el aire acondicionado del interior, la calidez del sol sobre su piel le sentó bien y sé quedó adormilada.

Consiguió no ver a Morgan hasta la cena. Volvió al interior justo antes de que volviera del campo. Y mientras él se instalaba en su despacho, ella fue al cuarto de la televisión.

Cuando Em y Minna entraron para ver su serie favorita, insistieron en que se pusiera un chal porque hacía frío. Selena lo aceptó y volvió a quedarse medio dormida, lo que tomó como síntoma de que no se estaba recuperando tan rápidamente como hubiera deseado.

* * *

La cena se sirvió en el comedor, aunque Selena hubiera preferido que fuera en el patio. Morgan no era un gran conversador y estar

fuera al menos le habría servido de distracción. Apenas cruzaron palabra y Morgan se comportó como si ella fuera invisible.

La única ventaja de que actuara con tanta frialdad era que así Selena confirmaba la imposibilidad de que las circunstancias cambiaran.

Una vez más tuvo la certeza de que ir al rancho había sido un error. Morgan no podía demostrar más abiertamente que transigía con su presencia por pura obligación, pero que contaba los minutos para que se fuera. Así que decidió que eso era lo que tenía que hacer.

Podría pedir un coche en el servicio de alquiler del aeropuerto. Como ya era tarde, tendría que esperar hasta la mañana siguiente y se arrepintió de no haberlo pensado antes.

Estaba segura de poder aguantar las tres horas de viaje a San Antonio. Los nervios de volver a conducir tras el accidente la mantendrían despierta.

En cuanto acabaron, Em apareció con un bizcocho de chocolate y más helado de vainilla.

—Puedes tomarlos juntos o por separado —dijo.

Selena sonrió. No quería desilusionarla, pero estaba llena.

—Gracias, Em. No me pongas demasiado.

Morgan no dijo nada, pero Em le sirvió una ración de tarta y una bola de helado. Minna entró con una jarra de té helado y rellenó los vasos. Después, las dos mujeres volvieron a la cocina.

Pero antes de desaparecer, Selena se dio cuenta de que miraban a Morgan como si quisieran adivinar qué estaba pensando, lo cual era un ejercicio inútil, pues él mantenía un gesto inexpresivo y distante.

Selena se concentró en la comida, pero no pudo terminar. Una vez más estaba cansada, pero más por el silencio impuesto por Morgan que por su estado físico. Terminó el té y dejó la servilleta a un lado.

—Buenas noches —dijo, poniéndose en pie.

—Adiós —fue todo lo que dijo Morgan antes de que ella saliera.

Era demasiado temprano para ir a la cama. Le había dado las buenas noches a Morgan porque dudaba de que fueran a coincidir más tarde. Y ya que se iría por la mañana, decidió ir a ver a Pepper Candy y a su potrillo.

La luz del atardecer la envolvió camino del pasto donde se encontraban madre e hijo. Como sabía dónde solía estar la yegua, no tuvo necesidad de preguntárselo a Morgan.

En cualquier caso, el paseo le serviría para comprobar cuánta energía tenía. No estaba acostumbrada a sentirse cansada y sentía la necesidad de probarse a cada instante. El dolor de cabeza no había aumentado. Decidió que era una buena señal y que podía dar un pequeño paseo.

Ni siquiera tuvo que ir hasta el pasto, porque encontró a Pepper Candy y a su potro en uno de los corrales próximos a la casa, entre el establo principal y el granero.

La magnífica yegua rojiza estaba en perfecta forma. El potro era castaño y tan elegante como su madre. Selena se detuvo unos instantes en la valla. Luego, abrió la puerta, entró en el corral y cerró tras de sí.

La yegua notó una presencia, olisqueó el aire y se dirigió hacia Selena. El potro la siguió al trote, después se paró en seco y luego hizo un par de cabriolas para alcanzar a su madre.

Pepper se detuvo a pocos pasos de Selena, hasta que ésta susurró:

—Vamos, pequeña —para animarla a acercarse.

La yegua cruzó la distancia que las separaba y le pegó el hocicó al hombro. Selena se lo acarició.

—Veo que te acuerdas de mí.

Como respuesta, la yegua se acercó aún más y agachó la cabeza. El sonido de unas botas con espuelas puso a Selena alerta. El potro, que se había ido acercando, pareció asustarse y se colocó del otro lado de su madre. Selena no necesitó volverse para saber de quién se trataba.

—No deberías estar aquí sola.

—Me encuentro bien.

La puerta se abrió y Morgan entró en el corral. El potro fue a recibirlo.

—Ven aquí, pequeño.

La orden cariñosa de Morgan hizo sonreír a Selena. El potro se acercó y olisqueó la mano que él le tendió. Morgan era como un mago con los animales. Tenía una paciencia infinita y les inspiraba tranquilidad. El potro se pegó a él y fue a mordisquearle la manga

de la camisa, pero se retiró cuando Morgan hizo un chasquido de desaprobación.

Un instante más tarde, el potro intentó frotar su cabeza contra Morgan, pero éste se lo impidió adelantándose hacia su lomo. Sabía que no debía dejar a las crías mordisquearlo o lamerlo, ya que lo que podía tener gracia cuando eran jóvenes se podía convertir en un peligro cuando alcanzaban la madurez.

Selena los contempló abstraída. Al inicio de su estancia en el rancho, la rudeza y severidad de Morgan la habían asustado hasta que, con el paso del tiempo, se había dado cuenta de que era mucho más amable de lo que aparentaba.

Al verlo en aquel instante, recordó lo delicado y tierno que podía llegar a ser, y el corazón se le encogió.

Amaba a Morgan con sus defectos y sus virtudes y siempre lo amaría, por mucho dolor que ello pudiera causarle.

Estaba tan enfrascada en sus pensamientos que tardó en darse cuenta de que él se había vuelto y la contemplaba a su vez.

Sus ojos azules lanzaban destellos y Selena se quedó sin respiración, convencida de que podía leer sus pensamientos. Estaba segura de que la expresión de su rostro la delataba y de que lo estaba mirando con los mismos ojos de enamorada que cuando tenía diecisiete años y había cometido el error de declararle su amor.

Por como la miró, supo que también él recordaba a la perfección la escena que tuvo lugar entre ellos. Ella jamás la olvidaría.

«¿Amor? ¿Qué demonios sabes tú lo que es el amor?». El desprecio con el que le había hablado la había dejado consternada. «No eres más que una cría, un bebé».

Estaba furioso. Selena jamás lo había visto así, y durante días había mantenido la misma actitud.

Ella nunca se había sentido tan avergonzada. De todo. De su cuerpo de adolescente, de sus sentimientos. Tardó mucho tiempo en considerar la posibilidad de haber ofendido los principios morales de Morgan. Aunque nunca lo hubiera dicho, para él, ella no dejaba de ser su hermanastra. Y la diferencia de edad de siete años debía de parecerle enorme.

Pero alcanzó aquella conclusión porque era la única manera de soportar haber sido rechazada. Era un clavo ardiente al que se

aferró para recuperar un poco de dignidad, pero nunca había sabido la verdad. Y tampoco estaba segura de querer saberla.

Selena sintió pánico. Sus recuerdos eran tan vívidos que temía que se materializaran en el aire súbitamente, como si fueran un holograma. Desvió la mirada y se concentró en Pepper al tiempo que intentaba controlar sus emociones.

No tuvo el valor de aproximarse a Morgan para acariciar al potro y, después de unos segundos, salió del corral en silencio.

Capítulo 4

Morgan miró distraído a Selena. Hizo una última caricia al potro y la siguió. Selena tenía mucho mejor aspecto y no había que ser adivino para saber que si se había acercado a las cuadras era porque pensaba marcharse lo antes posible.

Él era el culpable, igual que lo había sido dos años atrás. El sentimiento de culpa había aumentado cada día desde su marcha, pero se había acostumbrado a vivir con él.

Se arrepentía de lo que había sucedido entre ellos antes de que ella se fuera a San Antonio, pero por entonces estaba convencido de que era lo mejor que podía hacer. Obligándola a alejarse le había dado la oportunidad de que superara lo que no era más que una fijación infantil.

Se sentía responsable de haber despertado sentimientos románticos en ella. Debía haberse dado cuenta de lo que iba a suceder. Y no porque él fuese alguien excepcional, si no por la influencia que llegó a ejercer sobre una niña que hasta su llegada al rancho no había sido más que una molestia para su madre.

La habían criado entre él y las hermanas Peat y hubiera sido una inmoralidad darle esperanzas de que entre ellos llegara a haber una relación romántica. Por ello prefirió herir sus sentimientos y no volver a verla.

Selena se merecía conocer mundo y a otros hombres, comprobar que lo que sentía por él no era más que un impulso de adolescente. Y cuando se fue a San Antonio tuvo la convicción de que la naturaleza seguiría su curso y Selena lo olvidaría.

Claro que el hecho de que no tuviera pareja tampoco significaba que no hubiera salido con otros hombres. Simplemente, que no había encontrado uno con el que quisiera casarse. Tampoco él había encontrado una mujer a la que convertir en su esposa, y ya tenía treinta y un años.

Alcanzó a Selena y vio que se tensaba. Era evidente que no se sentía cómoda con él y Morgan recordó que la razón principal de haberla llevado al rancho era que quería aclarar con ella algunas cosas. Hubiera ido en su busca en cualquier caso, pero el accidente había sido el detonante definitivo para hacer lo que llevaba tiempo postergando.

Lo malo era que durante todo el día había estado pensando que aclarar las cosas no iba a ser tan sencillo como había creído inicialmente. Y que se había dado cuenta de que no era sólo eso lo que quería, sino algo más.

Acomodó su paso al de ella.

—Puede que no lo demuestre, pero me alegro de que estés en casa.

El tono dulce de su voz y el hecho de que su brazo rozara el de Selena hizo que ésta tuviera que respirar hondo para contener su turbación. Para ello, sabía que no debía mirarlo, pero lo que dijo a continuación hizo que no pudiera evitarlo.

—Tenemos que hablar.

Selena se volvió. Morgan miraba a la distancia. No tenía ni idea de por qué quería hablar, pero no pudo evitar sentirse esperanzada. Y, al mismo tiempo, estúpida. La esperanza era su peor enemigo cuando se trataba de Morgan. Miró al frente, desafiante. Por muy tentada que estuviera de preguntarle de qué necesitaban hablar, no quería que él interpretara su reacción como un reto. No podía arriesgarse a que adivinara sus planes para el día siguiente, por lo menos hasta que se asegurara de poder alquilar un coche. Confiaba en que él pasara el día fuera. Ya encontraría bastantes dificultades convenciendo a las hermanas Peat de que la dejaran marchar, como para tener que enfrentarse también a Morgan.

Había sido una estúpida volviendo al rancho.

Y haber recibido un golpe en la cabeza no servía de excusa. La única manera de corregir la equivocación era desaparecer lo antes posible.

Y no volver nunca más.

Para contener el dolor que ese pensamiento le causaba miró a su alrededor, pero con ello solo consiguió sentirse peor. ¿Sería capaz de decir adiós a todo aquello y recuperarse de una pérdida tan espantosa?

—Pensaba que tal vez te apetecería venir conmigo mañana por la mañana y recorrer el rancho. —Selena miró a Morgan con desconfianza—. Quiero que veas el trabajo que estamos haciendo con el ganado. También me gustaría enseñarte los potros que estamos domando. Hay uno en especial que requiere un trabajo específico.

Selena miró al frente, temblorosa. Morgan parecía insinuar que quería volver a contar con ella en el rancho, pues siempre se había ocupado de la preparación de los potros. Se le hizo un nudo en el estómago. Tenía que estar equivocada. Era mejor no pensar en ello.

Al llegar a la casa hizo ademán de entrar por la cocina, pero Morgan la sujetó por el codo y la condujo hacia el despacho.

Selena se dijo que lo escucharía y luego se iría. Estaba segura de que, fuera lo que fuera aquello de lo que Morgan quería hablar, quedaría zanjado sin mayores complicaciones si reaccionaba con rapidez.

Igual que el resto de la casa, el despacho estaba tal y como lo recordaba. Pilas de revistas sobre ganado encima de las mesas y un ordenador sobre el escritorio algo más moderno, pero prácticamente idéntico al antiguo.

Selena se sentó en el sofá más alejado del escritorio y rechazó las sillas que estaban delante de él. Prefería evitar la sensación de estar hablando de negocios. Morgan rodeó el escritorio hacia su butaca, pero al ver que ella elegía el sofá, optó por el sillón que hacía ángulo con aquél.

Como si hubiera estado esperando a que volvieran, Minna apareció llevando café en una bandeja. Sirvió dos tazas y las dejó sobre una mesa, delante del sofá.

—Llamad si necesitáis algo —dijo antes de salir.

Selena dio un sorbo al café y sostuvo la taza sobre el regazo. Tal y como suponía, Morgan no tardó en romper el tenso silencio.

—Las cosas han cambiado, Selena —ella lo miró unos instantes, lo suficiente como para ver que tenía una expresión solemne—. Ha

estado bien que pasaras un tiempo fuera para conocer mundo.

Habló como si continuara una conversación que hubieran mantenido en el pasado. Selena bajó la vista y se preparó para su característico estilo brusco.

—Pero tus raíces están aquí. Hay trabajo para ti y tienes derecho a opinar sobre los proyectos que tengo entre manos. Eres la única persona, además de mí, con ese derecho, y por tanto compartes la responsabilidad conmigo.

A Selena no le tomó por sorpresa que usara la excusa de la responsabilidad. Después de todo, la conocía bien y sabía perfectamente que era su mejor baza para hacerle dudar. Replicó al instante.

—Algún día te casarás y tendrás hijos, y serán ellos y tu mujer quienes tengan voz y voto, no yo —mantuvo un gesto impasible y continuó precipitadamente para no darle tiempo a responder—. Tu padre no pretendía darme más poder que el correspondiente al porcentaje que me dejó. Los dos lo sabemos.

Morgan esbozó una sonrisa melancólica.

—¿Crees que me equivoco? Tal vez seas tú la equivocada. Si no llego a echarte, todavía seguirías trabajando aquí.

Aunque a Selena le desconcertó que Morgan mencionara por primera vez su partida en aquellos términos, su orgullo le impidió mostrar la más mínima sorpresa.

—Por eso necesito que vuelvas —continuó Morgan—. No he encontrado a nadie que haga bien tu trabajo y yo no tengo tiempo para ocuparme de él.

Selena estaba perpleja. Jamás había oído una excusa tan mala. Era evidente que el orgullo de Morgan tampoco le permitía decir lo que sentía.

—Sabes perfectamente que podrías contratar a un preparador profesional.

—Ninguno haría el trabajo como tú. Tienes una mano especial con los potros. Además, yo podría vivir en la ciudad como un señor con el dinero de los beneficios que el rancho me proporciona. ¿Por qué iba a contratar a alguien?

Selena lo miró con escepticismo. Morgan no pensaba nunca en el dinero y hubiera estado dispuesto a trabajar en el rancho aunque no sacara ningún beneficio. Como excusa, era la peor que podía haber

inventado. Amaba el rancho hasta el punto de que sólo se iría de él si lo sacaban en un ataúd. Y aun cuando lo enterraran, seguiría en el terreno del rancho. Los Conroe tenían su propio cementerio.

Por otro lado, nunca le interesaba la opinión de nadie, así que decir que ella tenía derecho a juzgar cómo se estaba realizando el trabajo era, como poco, una exageración.

Y lo que no era ya una exageración sino abiertamente mentira, era que necesitara un preparador cuando todo el mundo sabía que cualquiera que Morgan contratara tenía que hacer las cosas a su manera o arriesgarse a ser despedido. Si había una situación imposible de imaginar era la de Morgan dominado por uno de sus empleados.

Aquel obvio intento de manipularla despertó su ira. Tal y como él mismo admitía, la había echado. De pronto, por alguna extraña razón, decidía que tenía que volver. Y puesto que Selena sabía que esa posibilidad era inconcebible, sólo le quedaba una salida: romper el único lazo material que seguía uniéndolo a él.

—No necesito mi parte del rancho para sobrevivir —dijo. Y dejó la taza sobre la mesa—. Hablaré con un abogado para que prepare los papeles y te los mandaré firmados.

Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para hablar con frialdad, y más cuando percibió el terremoto interior que Morgan estaba experimentando. ¿Qué causaba aquella reacción? ¿Su orgullo herido? ¿Que hubiera adoptado una postura con la que no contaba? ¿O acaso prefería comprarla a que ella le entregara su parte del rancho por voluntad propia?

Si la última hipótesis era la correcta, y de pronto parecía la más posible, Morgan tendría que aguantarse. Ella podía hacer lo que quisiera y él no era quién para impedírselo.

De repente le pareció que era un buen momento para dar por concluida aquella charla, así que se puso en pie. Como no podía caminar con soltura, supo que no podría hacer una salida triunfal, como le hubiera gustado, pero tenía que intentarlo.

Evitó mirar a Morgan. Su silencio se había convertido en una ira muda que cortaba el aire. Tenía la certeza de que para él la conversación no había acabado, pero estaba tardando demasiado en reaccionar y su mejor baza era actuar aprovechándose de aquella especie de parálisis que parecía dominarlo.

O estaba demasiado enfadado o buscaba las palabras adecuadas para responder. Ninguna de las dos posibilidades se correspondía con su impetuosa personalidad.

Ella se dirigió hacia la puerta, pero para alcanzarla debía pasar junto al sillón de Morgan. En cuanto estuvo a su altura, él le asió la muñeca para obligarla a detenerse.

—¿Qué puedo ofrecerte para que vuelvas, Selena?

Sus miradas se encontraron.

—No te comprendo, Morgan. Primero me echas y ahora quieres que vuelva. ¿Cuánto tardarías en volver a cambiar de opinión? —dijo, al tiempo que liberaba el brazo.

Morgan la sujetó de nuevo.

—¿Qué puedo ofrecerte? —repitió, con voz profunda—. ¿Una disculpa? —Hizo una leve pausa—. Está bien, te pido perdón.

Selena se sintió como si cayera desde un precipicio. Su rostro debió de reflejar el impacto de aquellas palabras, pues Morgan se puso en pie y la sujetó por la cintura para evitar que perdiera el equilibrio.

Morgan emitió un sonido parecido a una risa.

—No te lo puedes creer, ¿verdad? —Aunque parecía divertido, su rostro permaneció tan inexpresivo como de costumbre.

Selena lo miró fijamente, como si quisiera encontrar pistas que la ayudaran a comprender qué pretendía. Sabía perfectamente que ella no le importaba lo suficiente. Morgan era demasiado orgulloso como para pedir disculpas. Y de hecho, acababa de pedirle perdón por un acontecimiento que era la prueba palpable de lo poco que ella le importaba. Todo era terriblemente contradictorio.

—Siempre he pensado que eras demasiado honesto como para recurrir a este tipo de manipulación —dijo con extrema frialdad. Vio que en los ojos de Morgan brillaba un rescoldo de fuego.

—¿Crees que miento?

—No me necesitas para preparar a los caballos, así que me ofendes al decir que me necesitas. Y la única razón de que me pidas disculpas es que quieres algo de mí, aunque no puedo adivinar qué es. Lo único que tengo que pueda interesarte es mi parte del rancho y acabo de ofrecértela —dio un paso atrás—. ¿Tienes idea de por qué me pides perdón, o se te ha ocurrido al mismo tiempo que la excusa de los caballos?

Morgan la miró en silencio con gesto impasible.

—Te aseguro que hablaba en serio respecto a devolverte mi parte del rancho —continuó Selena—. Así no quedará nada entre nosotros. Y si alguna vez oyes que he tenido un accidente de coche, haznos un favor a ambos y quédate en casa.

Estaba temblando. Era la primera vez en su vida que contradecía a Morgan y prácticamente le había llamado mentiroso. Pero también era la primera vez que pensaba que mentía. Hasta aquel momento siempre había creído que cuando Morgan hablaba, decía la verdad. Si no, guardaba silencio.

El aire de la habitación se llenó de electricidad. A Selena le temblaban las piernas. Se sentía débil y la cabeza empezó a dolerle intensamente. No tenía sentido esperar. Dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta.

Por un instante creyó que Morgan la dejaría ir, pero no tardó en oír sus pisadas a su espalda, subiendo las escaleras. Cuando llegó a la puerta de su dormitorio, Morgan le dio alcance y se adelantó a ella para bloquearle la entrada.

Selena reprimió el impulso de mirarlo a la cara. Oyó su voz grave y profunda.

—Siento mucho haberte echado, Selena Cuando lo hice tenía mis razones y creía actuar lo más honestamente posible. Sé que no es una buena excusa, pero cuando supe que habías tenido un accidente me di cuenta de que corría el riesgo de no hacer las paces contigo.

Selena alzó la mirada y contempló su rostro rudo y atractivo. Sólo los separaban unos centímetros. Su boca se torcía en un gesto de amargura.

—Y ése no es más que uno de los muchos errores que he cometido contigo —la expresión sombría que veló su mirada acentuó la sinceridad que teñía su voz—. Sé que tengo que ganarme tu confianza, pero me gustaría que volviéramos a ser amigos.

Sus ojos brillaron con una mayor intensidad y al mismo tiempo con temor, como si tuviera miedo de seguir hablando.

—Me gusta saber que estás en casa. Supongo que debí haber empezado por ahí.

Y con aquellas palabras, retiró el brazo con el que bloqueaba el acceso a la puerta para que si Selena quería, entrara. Se irguió con

la mirada fija en ella.

—Si te encuentras bien por la mañana, me encantará que me acompañes. Si, tal y como planeabas, decides marcharte, te llevaré a San Antonio, aunque no me parezca una buena idea que te quedes sola.

Así que había adivinado que planeaba marcharse. Era una nueva sorpresa, y Selena apenas tuvo tiempo de preguntarse cómo lo habría descubierto antes de que Morgan alargara la mano para sujetarla.

—Está temblando, Sel —dijo con dulzura. La ayudó a entrar en el dormitorio y la acompañó hasta un sillón para que se sentara. Selena estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano para contener las lágrimas. ¿Estaría soñando? Y si no soñaba, ¿cuánto duraría aquello?

Morgan se arrodilló delante de ella y le tomó las manos.

—Siento haberte desconcertado. Estás agotada.

—No sé por qué he venido —dijo Selena en un susurro.

No era lo que pretendía decir. Ni siquiera pensaba hablar. Tampoco era la verdad. Creía haber ido al rancho para volver a sentirse rechazada y así olvidar a Morgan para siempre.

Pero después de lo que acababa de oír, empezaba a pensar que era precisamente eso lo que estaba buscando: recuperar parte de la vieja amistad que los había unido.

Aunque Morgan nunca llegara a amarla, al menos harían las paces. Y poder estar juntos era mucho mejor que permanecer distanciados. Quizá amar a Morgan sin ninguna esperanza de ser correspondida sería más soportable si al menos eran amigos.

—Puede que quieras lo mismo que yo —dijo Morgan con voz grave—. Al menos, eso espero.

Selena sintió que el corazón se le aceleraba. Aquello era mucho más de lo que hubiera podido soñar.

Morgan le apretó la mano y una corriente le recorrió todo el cuerpo. Como si se diera cuenta de que sólo el orgullo le impedía decir que estaba de acuerdo, Morgan miró a su alrededor.

—Dime dónde tienes el camisón para que te lo acerque. ¿O prefieres que avise a Em y a Minna para que te ayuden a meterte en la cama?

Selena supo que no se marcharía hasta que le permitiera

ayudarla.

—Está colgado en la puerta del cuarto de baño.

Morgan desapareció y volvió con el camisón en la mano. La intimidad de aquel gesto emocionó a Selena.

—Si no necesitas nada más, te dejo. Minna ha subido el walkie-talkie por si acaso. A ver si consigo poner unos interfonos antes de final de siglo. —Morgan esbozó una sonrisa.

Selena quería gritar de alegría. Era la primera vez en todos aquellos años que se evaporaba la tensión entre ellos. La forma directa de hablar y el tono que Morgan adoptó le recordaron al hombre que solía ser, tan cálido y amable, y al mismo tiempo tan formal, como si temiera asustarla.

Morgan dio un paso hacia la puerta sin dejar de mirarla.

—Me encuentro bien —dijo ella, respondiendo a su muda pregunta.

—Buenas noches —se despidió él, con algo parecido a una sonrisa.

Selena se quedó mirando el camisón, demasiado sorprendida por el cambio que acababa de producirse entre ellos. Sólo un rato después de apagar la luz, ya en la cama, pensó súbitamente que debía de haberlo soñado. O que, si era verdad, no duraría mucho tiempo.

* * *

Selena durmió sorprendentemente bien, lo que era mejor que cualquier medicina. Despertó un poco después de las cinco y estaba demasiado inquieta como para volver a dormirse.

Se levantó y se estiró para poner a prueba sus músculos. Cuando se vistió comprobó que los moratones que le recorrían el cuerpo de arriba abajo habían pasado de un morado intenso a un tono mucho más claro y verdoso.

Era la primera vez que sentía una clara mejoría. Se maquilló un poco, se peinó y bajó las escaleras.

Al recordar la noche anterior tuvo una mezcla de alegría y aprensión. No se caracterizaba por interpretar mal las conversaciones, pero lo dicho por Morgan era tan inesperado que

necesitaba alguna prueba de que no se lo había inventado.

Al entrar en el comedor sintió un alivio inmediato al ver que Morgan la miraba y sus ojos brillaban con una mezcla de sorpresa y animación. Aunque solía estar de mal humor antes de desayunar, hubo algo en la expresión de su rostro que hubiera podido pasar por alegría. Se puso en pie para recibirla.

—Tienes buen aspecto. Volver a casa te ha sentado bien —comentó con voz de recién levantado—. ¿Has decidido venir conmigo?

Selena creyó intuir cierto titubeo en el timbre de su voz, pero supuso que se equivocaba. Morgan nunca titubeaba.

—Creo que sí, aunque no sé cuánto aguantaré —dijo, y se sentó.

Morgan habló en voz alta.

—Necesitamos otro plato.

Selena sonrió. Siempre le hacía gracia el estilo informal de Morgan, y más en medio de una habitación tan formal como era el comedor, con su mesa de caoba y su gigante araña de cristal colgada del techo. Si hubiera habido invitados, no se habría comportado de la misma manera.

Selena era consciente, y ello le proporcionaba un enorme placer, de que le dedicaba el comportamiento reservado a la familia y a los amigos más íntimos. Como hacía años que no eran amigos, no estaba segura del tipo de relación que establecerían como adultos y que fuera tan familiar era una buena señal.

Minna entró con lo necesario para su desayuno. En unos segundos tenía delante zumo de naranja y café. Que Minna fuera tan eficiente no era una sorpresa, pero sí lo fue que al salir, le guiñara un ojo a Morgan.

Éste mantuvo un gesto serio, pero a Minna no pareció importarle, Selena bebió zumo.

—Mañana iremos a la ciudad —comentó Morgan—. Quiero que el doctor Moony te vea. Minna pedirá hora. Comeremos allí porque es el día que ella y Em salen de compras.

Selena dejó el vaso. Morgan acababa de tomar las riendas y pretender oponerse a sus planes era imposible. Tenía una tendencia natural a organizado todo, incluida la vida de los demás, en torno a sus necesidades. Ella no protestó porque le pareció una buena idea.

Estaba segura de que el médico de San Antonio había exagerado.

Estaba recuperándose mucho más deprisa de lo que había predicho y no le pareció mal recibir una segunda opinión profesional.

Como ya habían hablado mucho más de lo habitual para aquellas horas, Selena aceptó con agrado el silencio que descendió sobre ellos durante el resto del desayuno.

Capítulo 5

Selena tenía consigo un par de botas, pero le faltaba un sombrero, así que Minna rescató uno de sus viejos Stetson.

Se puso gafas para evitar que el sol le diera dolor de cabeza. En el pasado no solía usarlas, pero aquella mañana iban a ir en la ranchera.

Morgan la llevó por todo el rancho con lentitud, enseñándole las novedades y los cambios, y poniéndola al día en general.

Cuando llegaron al pasto en el que se guardaban las crías, bajaron del coche. Morgan no solía destetar a los potros de acuerdo a un programa establecido, sino que prefería decidir con cada uno el momento adecuado, que solía coincidir con que se alimentara de suficiente grano y forraje como para subsistir sin la leche materna.

Como tenía que seguir su evolución muy de cerca, mantenía a las yeguas y a las crías en un prado protegido del viento, con hierba alta y abundante sombra. A un lado había un tanque, del que caía agua a un bebedero. Pepper y su cría habían sido devueltos al prado desde el corral donde los había visto el día anterior. Estaban en el lado opuesto, junto con las demás yeguas y crías, bajo la sombra de un árbol.

—Calculo que en un par de semanas podremos vacunarlos —dijo Morgan, mientras Selena entraba y se acercaba a una de las crías—. Y te he dicho la verdad. Necesito un preparador. Nadie quiere dedicarles la atención que necesiten. Además, hay que estar atentos al destete y comenzar la preparación de los de dos años.

Morgan calló bruscamente. Selena se volvió y descubrió que la

estaba mirando.

—Pero aunque esté muy desesperado —continuó Morgan—, prometo no atosigarte.

Selena miró a otro lado y sonrió. Lo conocía demasiado como para saber que no soportaría no presionarla. Iba a costarle mucho mantener su palabra.

En lugar de responder, acarició el hocicó de un potro negro. Lo que más podía apetecerle en el mundo era volver a trabajar con Morgan y sus caballos. Pero sabía que aún no debía tomar ninguna decisión.

Era mejor esperar a ver cómo transcurrían los dos días siguientes. Quizá debían conformarse con romper el aislamiento en el que habían vivido aquellos años. Mudarse de nuevo a Conroe a trabajar no tenía por qué ser la consecuencia lógica de recuperar su amistad. De hecho, viviendo en el rancho corría el peligro de poner en riesgo la reconciliación.

Continuaron recorriendo el rancho y Selena disfrutó de cada segundo. Amaba aquel sitio más que a nada. Había echado de menos la sensación de libertad que le transmitía y hasta los peligros que lo convertían en un reto diario.

Morgan eligió los mejores caminos y condujo mucho más despacio de lo que acostumbraba para no zarandearla demasiado. Aun así, después de una hora, Selena se quedó adormilada mientras Morgan abría un paso hacia uno de los prados, y aunque se despertó al oír el motor ponerse en marcha, no consiguió salir de su somnolencia.

Cuando despertó un poco más tarde, notó una presión en su dolorido hombro izquierdo. Al tiempo que se movía, se dio cuenta de que había estado descansando sobre el costado de Morgan. Éste apoyaba el brazo en el respaldo del asiento, por detrás de ella, y al ver que hacía ademán de erguirse, le pasó la mano por el hombro derecho para impedir que se moviera.

—Debería haberte dado una vuelta más corta —dijo, con voz de enfado. Selena le dirigió una mirada soñolienta.

—¿Cuánto rato he dormido?

—Unos cuarenta minutos. Selena se retiró el cabello de la cara. No llevaba puestas las gafas.

—Lo siento —se disculpó. Y, al mirar bacía fuera, vio el patio

trasero del rancho.

Se dio cuenta de que el motor estaba en marcha para que el aire acondicionado funcionara y la ranchera conservara una temperatura agradable. Debía de haber dormido todo el camino de vuelta apoyada en Morgan. Nunca sabría si él la había atraído hacia su hombro. Prefería eso a la vergüenza de pensar que ella misma se había echado sobre él. Volvió la mirada hacia Morgan y vio que tenía sus gafas dobladas en el bolsillo de la camisa. Tampoco recordaba habérselas dado.

—Deberías haberme despertado —dijo, apurada—. No tenía por qué dormir tanto rato y no hacía falta que gastaras gasolina esperando a que me despertara.

—Necesitabas descansar. Sólo llevamos aquí cinco minutos.

El rostro de Morgan era tan inescrutable como de costumbre. Aun así, Selena intentó buscar en él alguna indicación de por qué actuaba con una suavidad tan poco habitual en él. El contraste entre su piel bronceada y sus ojos azules hacía que éstos adquirieran una tonalidad electrizante, y Selena sintió una sacudida como si verdaderamente acabara de meter los dedos en un enchufe. Al mismo tiempo, la mano con la que Morgan le sujetaba el hombro la presionó imperceptiblemente.

Un hilo invisible pareció tensarse entre ellos y cuando Morgan posó la mirada sobre sus labios, Selena creyó que iba a besarla. Por una fracción de segundo pareció que iba a inclinarse hacia ella.

Selena se tensó y miró hacia otro lado al tiempo que se desplazaba en el asiento para alejarse. Estaba segura de haber malinterpretado lo ocurrido. Debía de ser producto de su mente soñolienta.

Morgan apagó el motor y salió del coche. Antes de que Selena pudiera bajarse, ya estaba a su lado para ayudarla. Ella no rechazó la mano que le ofreció. De pronto se dio cuenta de que le faltaba el sombrero.

—Necesito el Stetson.

Morgan alargó la mano y lo descolgó de un gancho donde solían ir los rifles. También debía de haberlo colgado mientras ella dormía.

No soltó la mano de Selena y ella se permitió disfrutar del placer que ello le proporcionaba. Sabía que para Morgan no significaba

nada, que no era más que un gesto natural para evitar que perdiera el equilibrio, pero prefirió pensar que había un instinto posesivo en el hecho de que quisiera mantenerla a su lado.

También cabía la posibilidad de que estuviera poniéndola a prueba, y Selena estaba decidida a superarla con brillantez. Por más que Morgan insistiera en que quería recuperar la vieja amistad que los había unido, debía temer que sus sentimientos fueran de otra índole y que volviera a enamorarse de él.

Aquellas reflexiones le hicieron pensar en algo que había dicho el día anterior: «Me gusta saber que estás en casa».

Antes de decir esas palabras, había adoptado una actitud titubeante, como si se planteara si debía o no confesárselo. Tenía sentido que si Morgan temía que volviera a enamorarse de él, evaluara la conveniencia de decir algo que ella pudiera interpretar erróneamente. Por eso había vacilado.

Era una señal de que, cualquiera que fuese su decisión respecto a vivir en Conroe, debía tener cuidado. ¿Qué importancia tenía que Morgan la tomara de la mano o la llevara en brazos? Los amigos se comportaban así. Y ellos sólo eran amigos.

Pensar en aquellos términos era una prueba de fuego para su fuerza de voluntad, pues su cuerpo reaccionaba independientemente de lo que su mente quisiera obligarle a pensar. Por eso mismo debía tener un cuidado extremo y no equivocarse al interpretar la forma de actuar de Morgan. La escena que acababa de tener lugar en la ranchera era un buen ejemplo de lo fácil que sería malinterpretar los gestos de Morgan.

Pensándolo con frialdad, la culpa la tenían su cerebro adormilado y su corazón, siempre en busca de un rayo de esperanza. Pero a partir de aquel instante estaría permanentemente en guardia para que Morgan no pudiera darse cuenta de sus verdaderos sentimientos hacia él.

Su fortaleza estaba siendo puesta a prueba hasta extremos inaguantables, y antes de llegar a la puerta liberó su mano. Era importante demostrarle que era capaz de romper el contacto antes que él y que no consideraba que había nada romántico en que le tomara la mano. Y, sobre todo, Morgan no debía adivinar que ella hubiera preferido que aquel gesto significara más de lo que en realidad significaba.

Por el rabillo del ojo vio que Morgan la miraba fugazmente. Si era verdad que estaba poniéndola a prueba, podía sentirse orgullosa de haberla superado.

* * *

Selena almorzó con Morgan y después echó una cabezada en el salón. Cuando se despertó llamó a algunos amigos de San Antonio para ponerlos al día, y habló con la compañía de seguros.

Después de las cuatro decidió ir al cementerio de Conroe, que se encontraba hacia el este, tras una hilera de árboles que lo ocultaban a la vista. No era mucha distancia, pero todavía hacía calor y cuando llegó estaba cansada.

Pasaba tanto tiempo en espacios con aire acondicionado que ya no aguantaba el calor como en el pasado, y le alegró llegar al sombreado cementerio. Cerró la verja tras de sí y fue al lugar donde estaba enterrada su madre.

En el cementerio había cinco generaciones de Conrees y quedaba espacio para unas cuantas más. La valla que lo circundaba estaba siempre bien pintada y alguien se ocupaba de cortar la hierba regularmente. Había lechos de flores y árboles centenarios, y una sensación general de vida que hacía olvidar que se trataba de un cementerio.

Selena eligió un banco junto a las tumbas de su madre y del padre de Morgan. Sus lápidas eran más nuevas que las de alrededor, incluida la de la madre de aquél.

La tumba de Buck Conroe se encontraba entre las de sus dos mujeres, tal y como él mismo había establecido. Selena siempre se preguntó si por un sentimiento de culpa o de pesadumbre.

Reba Keith Conroe hubiera preferido ser recordada como la esposa favorita, aunque no lo fue hasta las últimas semanas de su vida. La madre de Morgan había muerto cuando éste era un bebé, y Buck no volvió a casarse hasta años más tarde, cuando Reba, mucho más joven que él, apareció en su vida y lo arrastró a una boda precipitada.

Su matrimonio había sido tan volátil que durante años Selena temió que Buck se divorciara de ella. Pero no lo hizo. Y cuando su

madre enfermó, se reconciliaron.

Hasta entonces se peleaban a menudo, casi siempre por celos, tanto del uno como de la otra. Selena sabía que su madre coqueteaba con otros hombres y que, de hecho, más de una vez se veía con ellos con la excusa de ir de compras. Sin embargo, Buck Conroe le había sido fiel.

Aun así, su madre sospechaba de él, y era tan celosa que Buck no podía hablar con ninguna mujer sin que se pusiera furiosa. Incluso las hermanas Peat la irritaban y Morgan tuvo que mantener una conversación privada con ella al respecto.

Por su lado, Buck exigía saber qué había hecho cada minuto del día y no soportaba que fuera atenta con otros hombres. Afortunadamente, no había utilizado a Selena como espía, aunque estaba segura de que no había sido por falta de ganas.

El hecho de que jamás hubiera criticado a su madre en su presencia demostraba que era un hombre justo. Si Selena sabía de sus peleas era porque las oía o porque su madre se las contaba con todo lujo de detalles.

Estaba segura de que su madre acusaba a Buck de infidelidad para librarse de su sentimiento de culpa. Y si él hubiera acabado engañándola, ella hubiera sido la única culpable.

Debido a las tensiones familiares, Morgan la había convertido en su compañera en las tareas al aire libre. A Reba le espantaba el trabajo en el rancho, la rudeza y el aislamiento de la vida de campo. Por ello, Selena se libraba de ella en cuanto salía de la casa.

Puesto que su madre la ignoraba a no ser que la necesitara para algo y Buck vivía obsesionado por Reba, Selena hubiera pasado los días sola de no ser por Morgan y las hermanas Peat.

Pero su madre y Buck formaban parte del pasado, y ella nunca podría agradecer suficientemente a su madre haberse casado con el padre de Morgan y haberla llevado a Conroe.

Aunque Buck no había sido un padrastro demasiado atento, la trató bien y, al morir, le dejó una parte del rancho, lo que hubiera sido una excelente sorpresa de no haber estado por aquel entonces ella y Morgan tan enfadados.

En el presente, poseer aquella porción de Conroe le pesaba en la conciencia. Dada su historia con Morgan y la exigencia de mantener sus sentimientos bajo control, los problemas podrían surgir cuando

Morgan se casara.

Su idea del matrimonio era mucho más idílica de lo que nunca había tenido su madre, y le parecía lógico que en un intercambio natural de confidencias entre Morgan y su mujer, él le mencionara su infantil declaración de amor.

Pero lo malo era que además de seguir enamorada de él, se sentía avergonzada de habérselo confesado años atrás. Su única esperanza era que mientras ella lo recordaba con nitidez, para Morgan no fuera más que una anécdota sin importancia.

Aun así, no podía dejar de pensar en cómo reaccionó su madre cuando oyó hablar de las mujeres con las que Buck había salido antes de conocerla. Por más que estuvieran casadas o se hubieran mudado años atrás, sólo oír sus nombres la sacaba de sus casillas y le hacía sospechar de Buck. Y pobre de Buck si alguna de ellas se cruzaba casualmente en su camino y tenía que saludarla, aunque fuera en un acto público.

¿No sentiría lo mismo la futura mujer de Morgan? Selena y él nunca habían salido, pero habían sido buenos amigos. Si se quedaba a trabajar en el rancho, y la esposa descubría su enamoramiento adolescente, ¿no sentiría celos? Incluso si no llegaba a saber de su amor por Morgan, era razonable que una esposa intuyera cuáles eran los verdaderos sentimientos de otra mujer hacia su marido. Y para evitarlo, ella tendría que permanecer constantemente en guardia.

Estaba decidido. No podía volver a Conroe. Ningún otro hombre le había hecho sentir lo mismo que Morgan, y con veinticuatro años, empezaba a pensar que o bien bajaba el nivel de sus expectativas o permanecería soltera.

Además, sería insoportable ver cómo Morgan se enamoraba y se casaba con otra persona. Por no mencionar ser testigo del nacimiento de sus hijos, y contribuir a su educación.

Los celos hicieron que se le encogiera el estómago y se preguntó si se parecía más a su madre de lo que pensaba. Tampoco eso tenía mayor importancia, la cuestión era que vivir en el rancho en esas circunstancias sería someterse a una tortura diaria.

Percibió un movimiento por el rabillo del ojo y al volverse vio que Morgan entraba en el cementerio y se encaminaba hacia ella.

—Hace demasiado calor para que estés fuera —dijo, y

sentándose a su lado, se echó hacia atrás y alargó las piernas, adoptando una postura relajada.

Selena se puso alerta al darse cuenta de que apoyaba el brazo en el respaldo del banco, por detrás de sus hombros. Tuvo la sensación de que la temperatura subía varios grados.

—Estaba a punto de volver —dijo; aunque no hizo ademán de moverse.

Morgan se limitó a mirar las lápidas con expresión solemne.

—¡Menudo par! —comentó—. Pasaron buenos momentos, pero duraron poco y fueron escasos.

Sí. Reba Y Buck también habían sido felices en ocasiones, cuando no estaban peleándose. Entonces eran divertidos y alegres. Pero pronto iniciaban otra de sus peleas.

Selena miró el perfil de Morgan.

—Nunca te he dado las gracias por mantenerme alejada de todo aquello —dijo con una sonrisa—. Gracias.

El rostro de Morgan se iluminó.

—Eras un bichejo, Sel. Una cría flacucha y pálida que no sabía distinguir entre una vaca y un toro. Y todo te daba asco. Parecías una bailarina de *ballet*, aterrorizada con la idea de pisar una boñiga de vaca. —Morgan dejó escapar una carcajada. El sonido de su risa era maravilloso.

Selena sintió un estremecimiento de placer, seguido de otro de dolor. No podían recuperar el tiempo pasado. Sólo quedaba el presente. Y no quería pensar en el futuro.

—Podías haberme ignorado —dijo en voz baja—. Como bien dices, no era más que una cría. No sabía nada de vaqueros ni de ranchos. No tenías por qué dedicarme tu tiempo ni enseñarme el trabajo del rancho.

Morgan dejó de sonreír.

—Tú no tenías la culpa de cómo era tu madre. Y mi padre tampoco ayudó. Podía haberme marchado del rancho, pero ¿cómo iba a dejarte sola e indefensa? Hubiese sido un crimen.

Selena sintió que las lágrimas le inundaban los ojos y se puso en pie. Cuando vio que no podía contenerlas, se volvió bruscamente y caminó con toda la dignidad de la que fue capaz hacia la salida, al tiempo que se secaba la cara con el dorso de la mano.

Morgan la alcanzó antes de que pudiera secarse las manos en los

pantalones. Le rodeó la cintura con el brazo y ella, tímidamente, pasó su brazo por la de él. Al salir, Morgan se detuvo a cerrar la verja y Selena aprovechó para adelantarse. Él no tardó en llegar a su altura.

—Estás nerviosa, Sel, y no tienes por qué.

Ella estaba concentrada en mantener sus emociones bajo control y tuvo que apretar fuertemente los labios. Le dolía la cabeza y le zumbaban los oídos.

Cuando creyó dominar el temblor de su voz, miró a Morgan evitando cruzar su mirada con la de él. Decidió pasar por alto el comentario sobre su nerviosismo.

—Sólo quería agradecerte lo que hiciste por mí —esbozó una sonrisa—. Gracias de nuevo.

Recibió el frescor de la casa con alivio, y fue directa al cuarto de baño para lavarse la cara.

Capítulo 6

Cuando Selena entró en el comedor unos minutos más tarde, su mirada se posó en un florero que contenía un ramo de rosas. Al acercarse descubrió que había otro detrás.

Em y Minna, que estaban dejando la comida en la mesa, le dirigieron dos sonrisas resplandecientes.

—Las ha mandado la floristería mientras estabas fuera —dijo Minna—. Míralas, ¿no son maravillosas?

—Hemos tratado de adivinar quién las habría mandado —dijo Em.

Era evidente que las dos hermanas estaban encantadas.

—Date prisa y lee las tarjetas —dijo Minna.

Morgan estaba de pie junto a su silla, con expresión solemne. Selena trató de ignorarlo y tomó una de las tarjetas. Antes de leerla, se inclinó para oler las flores. Después, sacó la tarjeta del diminuto sobre y leyó en alto:

—«Espero verte uno de estos días. Ponte bien, Lonnie».

—Tenía que ser Lonnie Black —estalló Minna—. Ha dejado los rodeos y ha vuelto a casa. Seguro que quiere sentar la cabeza.

—No era quien yo pensaba —dijo Em, desilusionada—. No creía que fuera tan elegante como para mandar flores con una tarjeta —se volvió a Selena—. ¿Es la escritura de un hombre?

Selena se la pasó para que juzgara por ella misma. Em la estudió detenidamente.

—No parece la letra de Lucy, así que la habrá escrito él. Es un detalle que se haya molestado en ir a elegirlas en lugar de llamar

por teléfono.

—Lucy es la dueña de la floristería, Morgan —aclaró Minpa, como si él fuera un visitante que no supiera nada del pueblo.

Las hermanas tenían la costumbre de recordarle pequeños detalles y Selena tuvo que reprimir una sonrisa al recordarlo.

Pero de pronto fue consciente de que Morgan no había abierto la boca, y se sintió incómoda. Tomó la segunda tarjeta.

—Ésta dice: «Mejórate, cariño, y déjame invitarte a cenar. C.».

Aunque no era una nota romántica, Selena tuvo la certeza de que para los oídos de Morgan resultaba un poco descarada.

Las hermanas estaban entusiasmadas.

—¿No te dije que uno de ellos sería Cole Brooks, Em?

—Sí. Pero la C podría ser de Cass. Yo quería que fuera de Jess McClure. Es el más educado. ¿Recuerdas el ramo que le regaló para un baile de gala? Era precioso.

—Siempre fue el más rico, el mejor educado y el más formal —añadió Minna entusiasmada, al recordar a otro de los pretendientes de Selena—. Además, Jess ya ha mandado flores en otras ocasiones.

Em asintió.

—Eran de color rosa. Siempre supe que si Selena volvía a casa sería el primero en llamar. Sus padres adoraban a Selly. No comprendo cómo se le han podido adelantar estos dos.

Selena percibió que el silencio de Morgan se hacía cada vez más denso y no se atrevió a mirar en su dirección. Las rosas habían sido una auténtica sorpresa. En el pueblo las noticias volaban, así que no era de extrañar que todo el mundo supiera ya que había vuelto a pasar unos días. Lo sorprendente era que aquellos hombres le mandaran flores después de tantos años.

—No me extrañaría que empezáramos a recibir visitas —dijo Minna—. Cuando estos chicos se ponen a mandar rosas, no hay quien los pare. Y las rosas rojas significan que sus intenciones son serias.

—Todo volverá a ser como antes, excepto que Selly ya es mayor y Morgan no podrá dedicarle una de sus charlas —señaló Em—. Claro que ahora no sólo querrán llevarla a bailar o al cine de verano, sino proponerle matrimonio. Morgan no podrá entrometerse si Selena decide casarse.

—Por supuesto que no. Ya hay bastantes solteronas en esta casa,

incluido él —declaró Minna y, sin dar tiempo a que Morgan se enfadara por hablar de él de aquella manera, cambió de tema—. ¿Por cierto, cuando fue la última vez que tuvimos cine al aire libre?

Selena se sentó un tanto aturdida por las rosas, lo que Minna había dicho de Morgan y el constante parloteo de las hermanas. Em y Minna recogieron las bandejas y se fueron a la cocina sin dejar de charlar.

—Sí. Estoy segura de que vamos a tener una boda pronto —dijo Em al salir—. Espera y verás.

Minna remató:

—Tienes razón, hermana, más vale que empecemos a buscar recetas para la tarta. ¿Te acuerdas de la de coco?

La puerta se cerró a su espalda y ya no se las oyó más. Selena se puso la servilleta. Todavía no había mirado a Morgan.

—Unas flores muy bonitas —masculló él.

Y aquéllas fueron las últimas palabras que cruzaron a lo largo de toda la cena.

* * *

Al día siguiente Selena tenía cita con el médico a las once y Morgan la llevó al pueblo. El doctor Moony, tras examinarla, le dijo que estaba evolucionando adecuadamente y la felicitó por su fortaleza física. Pero también le advirtió que no debía montar a caballo o hacer ningún trabajo hasta que él u otro médico volvieran a verla en una semana.

Selena no se molestó en preguntarle si podía conducir. Puesto que había decidido no quedarse en Conroe, tenía que pensar cómo volver a San Antonio. Pero antes, tenía que hablar con Morgan sobre su parte del rancho. Si su orgullo le impedía recibirlo como regalo, entonces se lo vendería. Estaba dispuesta a cualquier cosa con tal de evitar fricciones.

Después de comer volvieron al rancho. Selena estaba agotada a pesar de que lo único que había hecho por la mañana era ayudar a Em un poco en la cocina antes de ir al médico.

Fue al cuarto de la televisión y echó una cabezada. Morgan fue a trabajar a su despacho. Eran poco más de las cuatro cuando sonó la

puerta y Selena fue a abrirla.

Morgan salía de su despacho en aquel preciso instante y la siguió hacia el vestíbulo.

Jess McClure estaba al otro lado de la puerta, tan atractivo como siempre. Se quitó el sombrero como señal de respeto.

—Pero qué guapa eres, Selena —dijo, y dio un paso para estrecharla en un fuerte abrazo. Ella se lo devolvió, aunque se sentía observada por Morgan.

Jess se echó atrás y la miró con cara preocupada.

—No te habré apretado demasiado, ¿verdad? Tienes tan buen aspecto que cuesta creer que acabes de sufrir un accidente.

Selena podía oír el intenso silencio de Morgan y sentir su vista pegada a su espalda.

—Me encuentro mucho mejor —dejó escapar una risita—. Y no te preocupes, no me has hecho daño. Vamos Jess, pasa. Me alegro de verte.

Jess dejó el sombrero sobre una mesa, pero salió al porche antes de volver con un jarrón de porcelana en el que había un ramo multicolor.

—He pensado que te gustaría poder mirar algo bonito mientras te recuperas. Hay dos de cada. Siempre te gustaron las cosas coloridas —dijo Jess—. ¿Dónde quieres que las deje?

Selena acarició las flores y sonrió animada.

—Son preciosas, Jess. Muchas gracias. Llevémoslas al salón.

Selena se volvió y Jess caminó a su lado, asiéndola de la cintura. Ella pasó su brazo por la de él. De pronto vio a Morgan y vaciló.

Parecía una estatua de piedra. Sus ojos brillaban con ira y su voz sonó como un gruñido:

—McClure, al menos eres más original que los otros dos.

Selena se ruborizó. El tono hostil era obvio. Pero no creía que Morgan fuera capaz de dedicarle una de sus charlas a Jess a aquellas alturas de la vida. Además, Jess había escuchado tantas que probablemente podría repetirla al pie de la letra.

Por lo que le habían contado sus amigos, Morgan solía dejarlos paralizados con sus charlas de hombre a hombre. Tanto, que mientras sus amigas le hablaban de sus primeras citas y de sus primeros besos, a ella no la besaron hasta que se marchó del rancho. Dada la desconfianza que le inspiraban los jóvenes, lo

extraño era que Morgan le hubiera dejado salir con ellos.

Pero con veinticuatro años, la actitud de Morgan le resultaba intolerable. Dio un pellizco a Jess en la cintura para indicarle que no le hiciera caso y continuaron caminando hacia el salón. No contaba con que Morgan los siguiera.

—¿Quieres que ponga esas flores con las otras? —dijo Morgan, enfatizando la palabra «otras».

Selena le lanzó una mirada furibunda.

—No, gracias. Aquí estarán bien. ¿Te importa cerrar la puerta al salir?

La pregunta era prácticamente una orden de que se fuera y Morgan, para sorpresa de Selena, obedeció.

—¿Dónde las quieres, Sel? —preguntó Jess.

—Sobre la mesa del café. Siéntate.

Jess dejó las flores donde le había indicado Selena. Ella dio una palmada en el sofá y él se sentó a su lado.

—¿Cuánto tiempo vas a pasar en Conroe?

Selena se encogió de hombros.

—Un par de días o tres. Tengo que volver al trabajo.

—¿Qué te parece si te invito a cenar esta noche? Después podríamos ir al cine. Si no, te traeré de vuelta temprano. A mis padres les encantaría verte. Podemos pasar por casa si te parece bien. Será como en los viejos tiempos.

La oferta era tentadora, pero Selena no estaba segura de poder aceptarla. Le desconcertaba que Jess le dedicará tanta atención cuando habían dejado de salir un año antes de que ella se marchara del rancho. Jess sonrió tímidamente.

—Te estoy atosigando. Pensaba limitarme a saludarte y traerte las flores. Pero cuando te he visto, he tenido la absurda idea de que consentirías en volver a salir conmigo —le dedicó una de sus cautivadoras sonrisas y Selena estuvo segura de que con ellas seguía rompiendo muchos corazones—. Perdóname, he perdido la cabeza.

Selena se ruborizó.

—No sé qué decir.

Jess rió.

—Basta con que me des las gracias por las flores y me cuentes qué tal te ha ido en la gran ciudad.

Selena le agradeció que no se ofendiera. Charlaron durante

media hora, tras la cual Em asomó la cabeza por la puerta y preguntó a Jess si se quedaría a cenar.

Jess declinó la invitación educadamente y a Selena le alivió que Morgan no tuviera otra oportunidad de ser grosero con él. Acompañó a Jess al vestíbulo, sonrió al recibir un beso en la mejilla y se despidieron. En cuanto lo vio partir, cerró la puerta y fue al despacho.

Había pensado en hablar con Morgan sobre su parte del rancho antes de la cena, pero la llegada de Jess lo había impedido.

En aquel instante, sin embargo, tenía que aclarar un asunto mucho más urgente con él. El comportamiento de Morgan con Jess era inaceptable. Ella no era una cría y sus amigos no tenían por qué pasar su inspección. Además, estaba harta de que Morgan llevara horas callado.

Desde la mañana anterior, no había vuelto a mencionar la idea de que volviera a vivir al rancho. Y por más que hubiera dicho que no pretendía presionarla, Selena lo conocía lo bastante como para saber que lo normal era que hablara de ello.

Aquel silencio había comenzado la noche anterior, con la llegada de las rosas. Apenas diez minutos antes, le había dicho que no tenía por qué estar nerviosa. Pero la manera en que había reaccionado a las flores no era la más adecuada para poder relajarse en su compañía. Su comportamiento con Jess había colmado su paciencia. Morgan iba a saber cómo actuaba cuando, en lugar de nerviosa, estaba enfadada.

El comportamiento de Morgan era tan similar al que había visto tantas veces entre Buck y su madre que la enfurecía. Y ni siquiera podía justificarlo porque estuviera celoso. Con toda seguridad, algún pequeño detalle había despertado su colérico carácter. Si él tenía que mandar flores por algún motivo, le encargaba a Minna que lo hiciera. Quizá se había tomado como una ofensa personal que aquellos tres hombres tuvieran un detalle que en él era inconcebible, y consideraba que lo habían hecho a propósito para humillarlo. Morgan podía ser verdaderamente retorcido.

Selena entró en el despacho sin llamar a la puerta. Morgan estaba de pie, revisando el correo. Selena fue directamente hacia él.

—¿Puedes explicarme por qué has sido tan grosero? No puedo creer que te haya molestado que me regalen flores.

Morgan dejó a un lado las cartas y miró a Selena con el ceño fruncido.

—No es por las flores; es por lo que representan.

Selena lo miró boquiabierta. No esperaba que Morgan admitiese la verdad.

—¿Qué representan aparte de amistad y consideración?

Morgan la miró enfadado.

—Un hombre soltero no envía rosas rojas a una mujer como prueba de amistad. Lo hace para impresionarla, porque quiere que ella le preste atención. O tal vez incluso algo más.

Selena se echó a reír.

—Hablas como cuando solías darme charlas para prevenirme contra los jóvenes adolescentes cargados de hormonas. ¿Y qué me dices de las de Jess? Sólo había un par de rosas. ¿O crees que pretendía pedir mi mano?

Un brillo risueño en los ojos de Morgan le dijo que acababa de romper sus defensas, pero él se recuperó de inmediato.

—No he dicho eso. Lo cierto es que no llevas ni cuarenta y ocho horas en el rancho y todos los chicos ya han empezado a intentar conquistarte.

Selena sacudió la cabeza.

—¿Y te atreves a decirlo tú, el hombre que no puede ir a ninguna parte sin que las mujeres caigan rendidas a sus pies? ¿Cuántas han intentado coquetear contigo esta mañana, entre la consulta del médico y el restaurante? ¿Tres? ¿Cuatro? Al menos mis tres pretendientes han tardado algo más y sólo uno de ellos ha venido a visitarme. Los otros se han limitado a mandarme flores.

—Precisamente.

Selena volvió a reír.

—Precisamente, ¿qué? ¿Qué tiene de malo que tres hombres bien educados manden flores a una mujer? ¿Qué más te da que quieran impresionarme o ganar mi afecto?

—Mucho más de lo que tú crees.

Selena se quedó paralizada y sintió un hormigueo en el estómago. Aunque era inconcebible que Morgan sintiera celos, de pronto recordó la escena en la ranchera, cuando pensó que iba a besarla.

Pero tanto aquella sospecha como la conversación que

mantenían en aquel instante eran absurdas. La única razón que podría justificar el estado de ánimo de Morgan era la posesión de Conroe. Su vida giraba en torno al rancho. Debía haber pensado que si alguien se casaba con ella, se convertiría en dueño de una parte del rancho.

—Si tu actitud tiene algo que ver con la parte del rancho que poseo, ya te he dicho que voy a devolvértela.

—¿Qué demonios tiene que ver eso con que los idiotas de tus novios vengan a casa?

Selena arqueó las cejas al oírlo hablar de aquella manera cuando siempre le había dicho que no consintiera que ningún hombre jurara en su presencia.

—¿Acaso no soy la única persona sin sangre Conroe que posee una porción del rancho? Es comprensible que temas que un día me case con alguien que no sea de tu agrado.

Morgan frunció el ceño.

—Si me preocupara que pusieras el rancho en peligro, me habría casado contigo en cuanto leímos el testamento.

Selena se estremeció y sintió un dolor en el pecho ante aquella peculiar declaración de confianza por parte de Morgan. Hizo un esfuerzo para sobreponerse.

—En Texas no hay separación de bienes, así que casándote conmigo hubieras arriesgado más aún.

—Si me hubiera casado contigo no nos habríamos divorciado.

El estremecimiento de Selena se convirtió en un terremoto interior. Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para volver al tema que la ocupaba.

—Nos irá mejor a los dos si yo te cedo mi parte del rancho. Podemos hablar mañana con tu abogado. Así te pondrás de mejor humor y te sentirás menos amenazado por una cuantas flores.

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire durante varios segundos. Entre tanto, la expresión de Morgan pasó de la furia a simple irritación.

—Esta conversación es absurda —masculló al fin.

—Es absurda porque sigo sin tener ni idea de por qué te han enfadado tanto las flores —dijo Selena, altanera.

Los ojos de Morgan lanzaron destellos.

—¿De verdad no tienes ni idea de por qué no quiero que vengan

tus pretendientes?

Selena no se atrevió a decir que la única otra causa razonable eran los celos. Temía que Morgan la tratara como lo había hecho años atrás.

Él se acercó hasta colocarse a unos centímetros de ella. Selena se ruborizó.

—La otra razón… es imposible —balbuceó.

—¿Por qué?

Selena no supo qué responder. Su corazón latía con tal fuerza que temió que se le saliera del pecho. Morgan estaba tan cerca que para mirarlo a la cara tenía que levantar la cabeza. Dio un paso atrás, pero él le tomó la mano para impedírselo.

—¿Por qué es imposible esa otra razón?

Selena se dio cuenta de que Morgan había adivinado a lo que se refería y quería obligarla a decirlo. Intentó liberar la mano, pero Morgan se la apretó con fuerza.

—¿Por qué? —insistió él.

La intensidad de su mirada cegó a Selena, pero aun así se obligó a mirarlo a los ojos.

—Porque esa otra razón no existe —dijo con un hilo de voz—. Me lo dejaste bien claro hace años. La sola idea te repugnaba.

Morgan le soltó la mano, pero antes de que Selena pudiera alejarse, posó sus manos en su cintura y la retuvo. Selena usó las suyas como escudo contra el pecho de Morgan. No podía mirarlo a los ojos.

—Sólo tenías diecisiete años —dijo él—, y pasabas demasiado tiempo conmigo. No estaba dispuesto a que nadie se aprovechara de ti, y mucho menos yo. Tenía demasiada influencia sobre ti.

Selena sacudió la cabeza.

—No fue eso lo que me dijiste —dijo con frialdad, al tiempo que se obligaba a mantenerle la mirada.

—Así es —dijo él—. No podía explicártelo de otra manera. Te dije que eras una cría y que no sabías nada del amor, y no mentía. Lo que me enfadó fue no haberme dado cuenta de lo que estaba pasando.

El corazón de Selena se encogió al oír de nuevo aquellas palabras, pero por primera vez sintió el alivio de conocer qué las había motivado. Pocos hombres hubieran desaprovechado la

oportunidad de seducir a una jovencita.

—Pero ya no eres una niña —siguió Morgan, bruscamente—. Has salido con hombres, has vivido en la gran ciudad y ahora los pretendientes van a ti como las moscas a la miel.

Hizo una pausa de unos segundos durante los que Selena intentó asimilar lo que estaba oyendo. Morgan parecía tan enfadado y, sin embargo…

Su voz sonó áspera:

—Así que aquí tienes otra mosca detrás de ti.

Antes de que Selena tuviera tiempo de reaccionar, la besó. Primero con delicadeza, casi con miedo, pero luego con más fuerza, como si quisiera hacerla suya.

Selena no recordaba un beso como aquél. Morgan la estrechó en sus brazos y ella le rodeó el cuello. Él la levantó del suelo y continuó besándola sensualmente, arrastrándola a un mundo de sensaciones que jamás había experimentado.

Fue Morgan quién separó sus labios de los de ella. De no haber estado sujeta por él, Selena estaba segura de que se habría caído al suelo en aquel mismo instante. La habitación le daba vueltas y Selena se aferró a Morgan como si fuera la única manera de no salir volando.

Su voz le susurró al oído:

—¿Por fin lo comprendes, Selly?

Capítulo 7

Selena estaba demasiado aturdida como para reaccionar a la pregunta de Morgan. En aquel preciso instante Minna los llamó para cenar. Morgan la soltó y Selena obligó a sus temblorosas piernas a salir del despacho.

Fue a su dormitorio, se refrescó la cara y se cepilló el pelo. Sus labios delataban que habían sido besados y estuvo segura de que a las hermanas Peat el detalle no les pasaría desapercibido.

Cuando llegó al comedor, Morgan estaba junto a su silla, esperándola. Em y Minna entraron desde la cocina con dos bandejas, las dejaron sobre la mesa y esperaron a que se sentaran.

—Veo que os habéis besado y habéis resuelto vuestras diferencias —dijo Em, al tiempo que vaciaba su bandeja.

Antes de que Morgan o Selena pudieran salir de su estupefacción ante aquel comentario, Minna añadió:

—Ya era hora. No queremos más problemas en esta casa.

—Desde luego que no —dijo Em.

Selena se avergonzó. No creía que las hermanas se hubieran enterado de la reacción de Morgan a la visita de Jess ni de la pelea que la siguió. Pero, tarde o temprano, las hermanas Peat se enteraban de todo lo que pasaba en la casa.

Morgan las miró con cara de enfado.

—No exageréis.

—Pues no te enfades cada cinco minutos —dijo Em, retirando la bandeja tras vaciarla.

—Em y yo estamos demasiado viejas como para andar

esquivando discusiones y malos humores —dijo Minna, seria—. Lo que necesitamos es que en esta casa vuelva a vivir una familia, y tener que cuidar de niños y bebés.

Em rió.

—Para eso tienen que pasar antes otras cosas, hermana.

—Estoy segura de que Morgan sabe qué hacer —bromeó Minna, al tiempo que servía té.

Ella y Minna se miraron con complicidad.

—Hay una gran diferencia entre saber y hacer, Min.

—Tienes razón. Y antes necesitamos un anillo y una boda.

Minna dejó la jarra, tomó la bandeja y las dos hermanas salieron del comedor, dejando a su espalda un profundo silencio.

Selena sentía que le quemaban las mejillas. Em y Minna, inducidas por el beso, estaban haciendo de celestinas y, aun conociéndolas como las conocía, no pudo dejar de sorprenderse de que actuaran con tanto descaro.

—Se ve que tus pretendientes no son los únicos que piensan entrometerse en nuestros asuntos —masculló Morgan, al tiempo que se colocaba la servilleta y pasaba a Selena una fuente con carne.

Ella se sirvió en silencio. La sensación de que los acontecimientos se estaban sucediendo a la velocidad de la luz le había quitado el apetito y no sabía si podría probar bocado.

Afortunadamente, Morgan no habló del tema y las hermanas Peat no volvieron a aparecer, con lo que tuvo algún tiempo para que su corazón recuperara las pulsaciones normales y para pensar con calma.

Que Morgan la hubiera besado, por muy importante que fuera, no significaba que estuviera dispuesto a cambiar de vida e incluir en ella un matrimonio y niños.

Tampoco significaba que Morgan la amara. De hecho, su silencio mientras cenaban más bien señalaba lo contrario. Un hombre enamorado hubiera buscado repetir la escena del despacho. Por contraste, Morgan permanecía distante y frío.

Lo miró de soslayo pero estaba completamente enfrascado en la comida. Selena retiró la vista y se esforzó por comer, pero finalmente se dio por vencida. Em y Minna entraron para ofrecerles postre y helado, pero ninguno de los dos aceptó.

Selena estaba intranquila. Dejó la servilleta sobre la mesa y, tras

pedir disculpas, se retiró. Morgan pasó las siguientes horas en su despacho. Ella se cansó pronto de ver la televisión y decidió acostarse temprano. Pero tardó varias horas en dormirse.

* * *

Morgan dejó de fingir que trabajaba y se sirvió un *whisky*. Las hermanas Peat estaban en la cama y Selena había subido a su dormitorio hacía una hora.

El cordón invisible que los unía se había tensado y le estrangulaba las entrañas. Su instinto le hacía sentir como un toro que fuera a perder su libertad. Y las hermanas Peat, a las que quería como a tías favoritas, lo atosigaban como si fueran una partida de vaqueros a punto de marcar el ganado.

Había permanecido soltero más tiempo que ningún otro Conroe. Ni el afecto ni el deseo habían sido nunca lo bastante fuertes como para asentarse con una mujer. Jamás había concebido casarse con ninguna de ellas. Le importaba tener descendencia, pero consideraba que le quedaba mucho tiempo por delante para elegir a quien quisiera.

Selena estaba constantemente en su mente. Y aunque no podía adivinar qué estaría pensando, hubiera apostado cualquier cantidad a que le daba vueltas al significado que podía tener el beso que se habían dado. Igual que él.

Allí, en medio del silencioso despacho, no podía negar que sólo él era responsable de lo ocurrido. Algo había sucedido el día que se enteró del accidente de Selena y tomó la determinación de ir a verla. Después había decidido llevarla consigo.

Teniendo en cuenta que siempre se enorgullecía de saber por qué hacía las cosas, le resultaba desconcertante actuar de manera impulsiva, sin conocer lo motivos de sus acciones. Y sin querer conocerlos.

Volvió a pensar en el beso, y su cuerpo reaccionó automáticamente. Bebió el *whisky* de un trago y dejó el vaso sobre el escritorio con un movimiento brusco.

No quería tomar decisiones precipitadas. Durante una fracción de segundo se dijo que, de hecho, no tenía por qué tomar ninguna,

pero él mismo se amonestó. No podía actuar cobardemente.

Se trataba de Selly y debía tener cuidado. Tenía que decidir si la quería para sí antes de que se la arrebatara otro pretendiente o si debía dejarla en paz. Si optaba por la primera opción, tendría que comprarle la parte del rancho que poseía lo antes posible, devolverla a San Antonio y decirle adiós. No quería volver a hacerle daño, pero si era inevitable, cuanto antes, mejor.

Trataría aquel asunto como todos los relacionados con el rancho: reflexiva y fríamente. Como con el rancho, los beneficios y la eficiencia serían los criterios a seguir.

Se negaba a ser como su padre y dejarse llevar por la lascivia y la debilidad de carácter. Él tomaría una decisión basada en el sentido común, y una vez la tomara, no cambiaría de idea.

Pero sus pensamientos volvieron al beso y supo que había cometido un error. No debería haber descubierto qué sentía al tener a Selena en sus brazos, ni cómo sabían sus labios, ni cómo sonaba su voz cuando de su garganta escapaba un gemido sensual.

La voluntad de hierro de la que se vanagloriaba no iba a bastarle para tomar con frialdad una decisión que podía marcar el rumbo de su vida.

* * *

A la mañana siguiente, Selena se debatía entre la alegría de ver a Morgan y la inquietante idea de que el beso no había significado nada para él. Lo que para ella había sido impactante, para Morgan podía no haber sido más que algo intrascendente. Por eso apenas le había dirigido la palabra durante la cena y había vuelto a adoptar una actitud distante.

Morgan tenía mucha experiencia con las mujeres y alguna de ellas había sido de una belleza tan espectacular que lo extrañó era que todavía no se hubiera casado.

Si un hombre tardaba tanto en casarse era porque no encontraba a la mujer adecuada, lo que en el caso de Morgan significaba que debía tener unas expectativas inalcanzables. Y puesto que a ella la conocía desde pequeña, debía estar en la lista de las mujeres vetadas.

A la hora del desayuno, Selena ya había vuelto a convencerse de que estaba en el rancho para curarse definitivamente de su amor por Morgan. El comportamiento frío y taciturno de éste le confirmó la sospecha de que ni siquiera recordaba el beso. Nada había cambiado entre ellos.

Selena reflexionó sobre su ataque de celos y se dijo que, al besarla, había querido reclamar algo de lo que se consideraba dueño. Una vez obtenido, ya no sentía ningún interés.

Para poner a prueba sus sospechas, intentó entablar conversación.

—¿Vas a trabajar fuera?

Morgan la miró con gesto inescrutable.

—Hasta las doce. Luego tengo que ir al pueblo.

Continuó comiendo en silencio. Selena sabía que trabajar fuera significaba montar a caballo y que ella no podía acompañarlo. Pero era evidente que si no la había invitado a ir con él al pueblo era porque no quería.

Y eso la ayudó a tomar una decisión: dedicaría la mañana a conseguir un coche de alquiler para volver a San Antonio. Podía marcharse después de comer. Así se despediría de Morgan antes de que se fuera al pueblo.

Era preferible alejarse del volátil temperamento de Morgan. Ya lo había hecho con anterioridad y un beso no tenía por qué convertirlo en imposible. Al menos en aquella ocasión no se separarían tan enfadados como dos años antes.

Dejó de esforzarse por comer y, excusándose, llevó los platos a la cocina. Con toda seguridad podría ayudar a Em un rato antes de que abrieran la agencia de coches y, si para entonces no estaba demasiado cansada, podría hacer una última visita a los potros.

Em y Minna se quedaron calladas al verla entrar, y Selena tuvo la certeza de que estaban hablando de ella o de Morgan. Hizo como que no se daba cuenta y metió el plato y la taza en el lavavajillas. Las dos hermanas acabaron el café que estaban tomando y se pusieron a hacer cosas. Selena observó qué encima de una de las encimeras había varios cuencos con masa de repostería. Miró a las hermanas.

—¿Queréis que os ayude en algo?

Em y Minna intercambiaron una mirada. Em fue hacia ella.

—Minna y yo tenemos que hacer rollitos de canela y avellana para esta tarde. Un par de manos más nos ayudarán a acabar antes.

Selena observó que Minna ponía una cara rara pero, sin decir nada, fue al fregadero a lavarse las manos y sacó un delantal. Selena se recogió el pelo, se lavó las manos y se puso el delantal que Em le pasó.

—¿Hacéis rollitos habitualmente? —preguntó mientras las hermanas preparaban los utensilios que necesitaban—. ¿Estáis vendiéndolos en el mercado semanal?

Las hermanas volvieron a mirarse en silencio.

—Sel, ¿te importaría acercarnos cuatro de esos cuencos? No intentes moverlos todos a la vez. No, no hay mercado semanal. Tenemos que devolver algunos favores.

Selena vio por el rabillo del ojo que Minna ponía los ojos en blanco, como si Em acabara de decir algo inconveniente.

—No te preocupes por Minna —dijo Em, dándole una palmadita en la espalda—. Cuanto menos digamos sobre los porqués y para quién de los rollitos, mejor. Tú no trabajes demasiado.

—Eso, Selly —intervino Minna—. Tienes mucho mejor aspecto, así que ten cuidado.

Selena las miró alternativamente y notó que las dos esquivaban su mirada y fingían estar atareadas para no tener que responder más preguntas. Y si algo sabía era que no conseguiría averiguar nada más sobre aquel peculiar proyecto de repostería.

Aunque intrigada, fue a por los cuencos y pronto se olvidó de todo mientras se esforzaba por mantenerse a la altura del trabajo de las hermanas.

* * *

Era media mañana cuando sacaron del horno la mayoría de los rollitos. Minna había rellenado cuatro tartas de limón y merengue y Em añadía una capa de nata montada a cuatro tartas de chocolate.

Cuando Em terminó con la nata, Minna le ayudó a poner las tartas en la nevera y Selena recogió los utensilios de cocina, los metió en el lavavajillas y lo puso en marcha.

—Casi hemos terminado —dijo Em, mirando a Selena fijamente

—. Estás pálida.

Minna se acercó a ella y le quitó rápidamente el delantal.

—Vé a sentarte. En seguida te preparo café y te traigo la guía de teléfonos que has pedido esta mañana.

—Tráele también un teléfono inalámbrico para que no tenga que levantarse a llamar —añadió Em, al tiempo que Minna preparaba las tazas.

Selena se lavó las manos y fue a sentarse a la mesa. Em ocupó una silla a su lado en cuanto despejó las encimeras y Minna, tras dejarla cafetera sobre la mesa, fue por la guía y el teléfono y se sentó con ellas.

Selena buscó el número de la agencia de coches y llamó. Respondieron antes de que pudiera dar un sorbo al café, pero la conversación duró poco. Apretó el botón de apagado y dejó el teléfono sobre la mesa. Las hermanas habían estado pendientes de sus palabras, guardando un silencio respetuoso.

—¿No tienen coches? —exclamó Minna.

Em sacudió la cabeza.

—No tardarán en tener alguno. La gente se los lleva y los devuelve cada día.

—No creen que haya ninguno hasta el domingo —dijo Selena, que no salía de su asombro—. No creía que se alquilaran tantos coches entre semana.

—Hacen muy buenos descuentos —comentó Em—. Además, mucha gente está de vacaciones y alquila coches para hacer excursiones. Prefieren no estropear sus coches en carreteras de campo.

Minna asintió.

—Yo haría lo mismo.

Em sonrió y guiñó el ojo a Selena.

—De todas formas no estábamos preparadas para que te marcharas tan pronto. Es mejor viajar en lunes, así te evitas el tráfico del fin de semana.

Minna le apretó la mano.

—Yo diría que necesitas descansar un rato, chiquilla.

—Ya te he dicho que pareces cansada —confirmó Em.

Selena sacudió la cabeza. Le hubiera gustado no sentirse tan atontada.

—Quería ir a ver a los potros.

—Puesto que no has conseguido un coche, puedes ir cuando refresque —dijo Em—. Hacer tartas y rollitos es mucho más cansado de lo que la gente cree.

Minna asintió.

—Y muy tedioso. Casi un castigo —comentó, antes de callar bruscamente, como si hubiera dicho algo inoportuno. Apretó de nuevo la mano de Selena para distraerla—. A todas nos sentaría bien una cabezadita. Podemos ver una serie en la televisión. Morgan no vendrá hasta el mediodía y la comida está preparada.

Selena observó la inocente expresión de Minna. Estaba segura de que se le había escapado algo que formaba parte de un plan. Como conocía bien a las hermanas, supuso que se trataría de algún asunto bienintencionado, pero se sintió intrigada.

Sonó el reloj del horno y tanto Em como Minna se pusieron en pie de un salto para sacar los rollitos. Metieron las últimas bandejas a hornear y volvieron a sentarse.

—Deberíamos ir al cuarto de la televisión —dijo Em.

Minna bostezó.

—Vamos, Selly.

Selena estaba segura de que las hermanas sólo fingían necesitar un descanso para animarla a ella, y su solicitud la emocionó una vez más. En cuanto se tumbó en el sofá, Em la tapó con una manta y Minna le dio una almohada. Luego Em se sentó en otro sofá y Minna ocupó el sillón reclinable de Morgan. Después encendió la televisión con el mando a distancia y sintonizó uno de sus programas favoritos antes de suspirar profundamente y apoyar la cabeza en el respaldo.

Selena estaba cada vez más emocionada. Sabía que si se dormía, las hermanas saldrían de puntillas de la habitación para volver a la cocina. Y pensó que, de no ser por Morgan, estaría encantada de que no hubiera coches de alquiler. Con Em y Minna se sentía protegida y feliz, y estaba segura de que las iba a echar muchísimo de menos.

Pero tendría que marcharse en algún momento, y cuanto antes mejor. Morgan podría acercarla a San Antonio. Tres días antes se había ofrecido él mismo, pero desde entonces habían pasado muchas cosas. Cabía la posibilidad de que hasta se sintiera aliviado

de que se fuera.

El cansancio pudo más que la preocupación y acabó por dormirse, sin que le diera tiempo a ver cómo Minna y Em salían a hurtadillas.

Capítulo 8

Al final, Morgan se marchó antes de comer, y Selena comió con Em y Minna en la cocina. De haber sido aquélla su casa, usaría el comedor sólo si había invitados y comería a diario con las dos hermanas. Disfrutaba de su compañía y le encantaba oírlas charlar.

Después de comer, las ayudó a recoger la cocina y a empaquetar los rollitos y las tartas para cargarlos en el coche. Cuando terminaron, Selena siguió a Em hasta el asiento del conductor mientras Minna iba al del pasajero.

—El número de nuestro móvil está en la pizarra de la cocina —dijo Em—. Estaremos de vuelta para las cuatro, pero si no llegáramos, mete el cuenco que he dejado con masa en la nevera, por favor.

Minna intervino.

—Y si te aburres y no sabes qué hacer, puedes amasarla y hacer galletas. Así me ahorrarás el trabajo a mí.

—Si lo haces, espera a que suban antes de meterlas en la nevera. —Em arrancó el motor.

—Estoy harta de hacer masa —masculló Minna.

Selena sonrió y cerró la puerta de Em. Después dio un paso atrás y se despidió, saludándolas hasta que el coche se perdió de vista. Hacía mucho calor y decidió volver dentro de la casa. Llamó a una vieja amiga que la invitó a ir a un club de música *country* con otras dos amigas más.

Selena pensó que sería mucho más divertido que tener que soportar la frialdad de Morgan y aceptó. Por suerte, había llevado

una camisa y unos pantalones adecuados para la ocasión.

—Puede que no aguante hasta muy tarde —comentó.

—Échate una siesta si quieres. De todas maneras estaremos el tiempo que quieras. Penny y Darla tienen que trabajar mañana, así que puede que nos marchemos sobre las diez —dijo Deb.

Finalmente quedaron en que Debbie la recogería.

En ese momento llamaron a la puerta y Selena, tras despedirse, fue a abrir con recelo, temiendo que se tratara de otro ramo de flores. Pero sólo era el cartero.

Selena firmó y llevó las cartas al despacho de Morgan, dejó allí las de él junto con varias revistas y llevó el resto a la cocina.

Después fue a su dormitorio para asegurarse de que podía ponerse la camisa y los pantalones que quería llevar aquella noche.

Em y Minna volvieron antes de que la masa doblara su volumen. Selena estaba adormilada y ellas insistieron en hacer los bollos. Morgan llegó un buen rato antes de cenar, pero Selena no lo vio hasta que entró en el comedor. Em y Minna les sirvieron. En cuanto salieron, Morgan habló.

—Has estado encerrada todo el día. ¿Te gustaría ir al cine?

Selena lo miró desconcertada. Morgan jamás iba al cine. Prefería esperar a que las películas salieran en DVD.

Sonrió tímidamente.

—Es una buena idea, pero Debbie me ha invitado a salir esta noche con ella, Penny y Darla.

Morgan no pareció ofenderse.

—Es mi culpa. Debía haberte preguntado antes. En cualquier caso, deberías haberme rechazado por pedírtelo en el último momento.

Morgan tenía ideas muy severas respecto a las citas entre hombres y mujeres. Según él, el hombre debía solicitarlas con varios días de antelación y la mujer rechazar una invitación de última hora. Mantenía que así se libraría de los caraduras que esperaban hasta el último momento porque confiaban en encontrar a alguien más apetecible. Hasta que un día se quedaban sin nadie con quien salir.

Selena tardó unos segundos en comprender lo que acababa de decir. ¿Estaba pidiéndole una cita o se limitaba a actuar como un anfitrión atento? El sentido común le dijo que la segunda opción

debía de ser la correcta.

—Quizá en otra ocasión —dijo—. Pero gracias por la invitación.

Continuó comiendo, orgullosa de haber conseguido sonar indiferente y serena.

Cuando Debbie la recogió a las seis y media, Minna y Em salieron a despedirla.

* * *

Selena no había sentido más que un leve dolor de cabeza durante los últimos días, pero al salir del club le dolía bastante. Había tomado una aspirina un poco antes y el frescor de la noche le sentó bien.

Debbie la dejó la última, pues era la que vivía más cerca de ella. Selena entró sin hacer ruido. Lo había pasado muy bien. No eran más que las diez, pero para el horario del rancho era tarde. Em y Minna siempre se acostaban a las nueve. Morgan solía ser el último en ir a la cama.

Sin embargo, aquella noche debía de estar levantado, pues las luces de la planta baja estaban encendidas. A Selena le extrañó que también lo estuvieran las del salón y fue hacia allí.

Morgan estaba de pie delante de la chimenea, contemplando el mapa de Conroe que ocupaba la pared encima de la repisa.

La habitación estaba llena de antigüedades y objetos que se remontaban a la Guerra Civil. Allí se celebraban los acontecimientos históricos de la familia: las bodas, las firmas de negocios e incluso los velatorios.

Morgan la miró de arriba abajo.

—¿Lo has pasado bien?

Selena sonrió.

—El grupo tocaba demasiado alto, pero me ha encantado ver a Debbie y a las otras.

Morgan fue hacia ella. Selena creyó que se disponía a salir y también ella se volvió hacia la puerta. Él la retuvo y la llevó hacia el centro de la habitación.

—¿Estás cansada?

Selena lo miró a los ojos, decidida a no dejarle saber las

sensaciones que despertaba en ella con sólo tocarla.

—Sí —dijo quedamente—, pero no demasiado.

Morgan la atrajo hacia así y la abrazó. Selena alzó las manos y las apoyó en su pecho. No sabía qué esperar.

Al darse cuenta de lo que iba a pasar se quedó sin respiración. Apretó las manos contra el pecho de Morgan y notó su corazón latiendo bajo la camisa. El de ella iba al doble de velocidad.

Morgan sonrió sensualmente, como si supiera el efecto que tenía en ella.

—¿De verdad? —musitó.

Selena sintió que se te encogía el estómago al oír su voz aterciopelada. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para responder.

—De verdad.

Antes de que pudiera añadir nada más, Morgan inclinó la cabeza para besarla. Después de posar sus labios en los de ella, los apartó.

—Estaba deseando repetir esto, Selena —dijo, tan cerca que su aliento acarició los labios de ella—. Necesitaba comprobar que era tan maravilloso como lo recordaba. —Selena abrió los ojos y vio que los de él brillaban intensamente—. Espero que me perdones, pero necesito recordarlo mejor.

Y de pronto la estaba besando vorazmente. Si el beso de la noche anterior había sido como un descenso lento por la ladera de una montaña, el que le dio en aquel momento fue como una caída libre desde un acantilado. Si Selena hubiera conservado la capacidad de pensar, se habría maravillado de que pudieran permanecer de pie y darse un beso tan voluptuoso.

Pero en realidad, sólo Morgan estaba de pie, y si ella no se caía era porque él la sujetaba entre sus brazos. Las piernas le flaquearon cuando Morgan se separó unos centímetros y Selena se dio cuenta de que apenas podía sujetar la cabeza erguida para mirarlo. Los labios de Morgan se movieron sobre los de ella al tiempo que hablaba.

—Decide ahora mismo si quieres oír lo que te voy a decir, porque una vez que lo diga, quiero que las cosas sucedan con prontitud.

Después la besó de nuevo sin darle tiempo ni a respirar, mucho menos a contestar. Un momento después, la llevó hacia el sofá y la echó suavemente en él. Entonces la besó con delicadeza y por fin

sus palabras atravesaron el cerebro anestesiado por el placer de Selena. Abrió los ojos.

«Decide ahora mismo si quieres oír lo que te voy a decir, porque una vez que lo diga, quiero que las cosas sucedan con prontitud».

El corazón le latió desbocado. Sabía que eran ciertas. Cuando Morgan se decidía a algo, nada ni nadie podía detenerlo. Era un hombre de acción. En su naturaleza no cabían ni la lentitud ni el titubeo. Mucho menos el fracaso. Si algo no salía bien no era porque él no pusiera todo de su parte para conseguirlo.

Aquélla era una de las cualidades por las que ella lo admiraba y que hacía tan difícil encontrar a otro hombre como él. La cabeza le dio vueltas al relacionar los besos que le estaba dando con aquellas palabras, y de pronto tuvo la necesidad de hacer la pregunta de la que dependía su vida. Su voz fue apenas audible.

—¿Si quiero oír el qué?

—Podemos casarnos en Conroe o volar mañana a Las Vegas.

A Selena se le nubló la vista y creyó que se desmayaría.

«Podemos casamos…».

El sueño de su vida hecho realidad. Súbitamente. Y de una manera tan inesperada que se preguntó si Morgan estaría bromeando o si la estaba poniendo a prueba.

Pero Morgan no solía bromear, y aunque pudiera ser severo, no era cruel. Y sabía que elle lo había amado en el pasado. ¿Sabría que seguía amándolo?

—¿Selena?

Consiguió enfocar la mirada y mirar a Morgan a los ojos, pero no logró decir nada. Él se separó unos centímetros y se llevó la mano al bolsillo de la camisa. Al sacarla, sostenía entre sus dedos una sortija de compromiso.

—Cásate conmigo, Selly.

El ataque de euforia que la invadió anuló todo resto de sentido común o de temor en ella. Estaba temblorosa, y lo notó aún más porque Morgan permanecía imperturbable.

La sortija de oro tenía un gran diamante que lanzaba destellos.

—Si no te gusta puedes elegir…

—¡No! —exclamó Selena impulsivamente. Luego, en un tono más comedido, añadió—: Es preciosa.

Morgan le tomó la mano izquierda y le puso la sortija con

destreza.

Selena no apartó la mirada de la joya. Todos sus maravillosos recuerdos del rancho y de Morgan de pronto se materializaban en aquella piedra preciosa.

Y Morgan se lo daba en el salón donde tradicionalmente los Conroe se declaraban a sus mujeres.

—No has dicho dónde quieres celebrar la boda, Selena —le recordó él. Ella lo miró con tal desconcierto que le hizo sonreír y Selena lo encontró más atractivo que nunca. Se concentró para comprender lo que le dijo a continuación—. En mi opinión, Em y Minna deben estar con nosotros. Si decides que sea en Las Vegas, pueden aprovechar para ver a ese cantante que les gusta tanto. Después podemos hacer aquí la celebración. Pero si prefieres seguir la tradición podemos casarnos en el rancho. Entre las tres podréis organizarlo todo en un par de semanas.

Sus últimas palabras fueron como un jarro de agua fría.

—¿Dos semanas?

—Nosotros estamos listos, la casa también y las hermanas lo están deseando. Sólo necesitamos la licencia y un pastor para celebrar la ceremonia.

Selena lo contempló perpleja ante su desconocimiento de lo que costaba organizar una boda, por muy sencilla que fuera.

Pero Morgan se inclinó sobre ella para besarla y ya no pudo pensar en nada.

* * *

Más tarde, cuando Morgan la acompañó a su dormitorio, ni siquiera le importaba dónde celebrar la ceremonia. Lo importante era que iban a casarse. El corazón no le cabía en el pecho y, aunque Morgan caminaba a su lado, su cuerpo respondía a su proximidad como si él siguiera acariciándoselo.

Sólo porque no se besaban desde hacía unos minutos, su cerebro empezó a funcionar. Y fue entonces cuando se dio cuenta de que, a pesar de los besos y de las caricias, Morgan no había dicho ciertas palabras.

Tampoco creía recordarse a sí misma diciéndolas, aunque no

podía jurar que no se le hubieran escapado en algún momento de pasión. Pero estaba segura de que, aun sabiendo por fin por qué Morgan había reaccionado como lo hizo en el pasado, ni siquiera unos besos como los de aquella noche habrían logrado que las palabras «te quiero» salieran de su boca. Y no las diría hasta oírselas a él.

Cuando llegaron a la puerta, Morgan la abrazó y la miró fijamente. Selena creyó que había llegado el momento de que las dijera y, expectante, contuvo la respiración.

—Dos semanas es mucho tiempo, cariño. Si te cuesta decidir, recuerda que yo voto por Las Vegas.

La desilusión hizo que un gemido escapara de su garganta, pero Morgan lo acalló con un beso y una vez más su cerebro quedó abotargado. Fue él quien tuvo suficiente dominio de sí mismo como para separarse antes de ir demasiado lejos y, de nuevo, Selena estuvo segura de que había llegado el momento de oír lo que tanto ansiaba.

Pero Morgan la soltó y fue hacia su dormitorio sin decir nada. Selena entró en el suyo y cerró la puerta. Aunque estaba feliz, sentía un poso de tristeza que justificó por el cansancio que le habían causado tantas emociones.

Se preparó para ir a la cama sin conseguir librarse de cierto sentimiento de angustia, aunque intentó olvidar si determinadas palabras habían sido pronunciadas o no.

A los pocos segundos de apoyar la cabeza en la almohada, se quedó dormida.

Capítulo 9

Selena se despertó antes de que sonara el despertador, sintió la sortija en el dedo y recordó lo ocurrido la noche anterior. Su felicidad fue tal que no pudo quedarse ni un minuto más en la cama. Se vistió y revivió cada instante, cada detalle.

Pero también recordó la angustia que empañaba su felicidad y que impedía que todo fuera perfecto.

Y con la angustia llegaron sus mejores amigos: el sentido común y la sensatez, compañeros impertinentes que, con sus preguntas desconsideradas, hicieron que el corazón se le encogiera. Preguntas tan incisivas que Selena miró la sortija y de pronto recordó que todos los cuentos de hadas tenían algún episodio negativo.

Aunque no había dado una contestación afirmativa a la propuesta de matrimonio de Morgan, había aceptado el anillo. Y además, se lo había puesto en la sala donde se habían prometido todas las parejas felices y duraderas de la familia Conroe.

Quizá hubiera actuado precipitadamente. Quizá hubiera debido decirle a Morgan que le diera tiempo para pensarlo. O decirle que no. De pronto la sortija le pesó como un yunque en el dedo.

Acabó de vestirse en un estado de ánimo alejado de la felicidad inicial. Se sentó para ahuyentar los miedos y las dudas de su mente, pero de pronto la asaltó la misma inquietud que la noche anterior: Morgan no la amaba. Él que no hubiera pronunciado palabras de amor era una prueba clara de ello. Estaba segura de que el hombre que la había instruido tantas veces sobre cómo debían tratarla los hombres, debía tener reglas igual de estrictas sobre cómo se hacía

una proposición de matrimonio.

Podía no saber nada sobre cuánto tiempo debía durar un noviazgo o lo que se tardaba en preparar una boda, pero ya que la meta de una serie de citas formales era una proposición de matrimonio, lo menos que podía esperar era que Morgan incluyera en su improvisada proposición la tradicional declaración de amor. Selena sólo concebía el matrimonio por amor.

Pero en lugar de seguir el protocolo, Morgan la había besado hasta aturdiría y luego le había dicho que eligiera dónde celebrar la boda. Sólo al ver que se quedaba muda había añadido: «Cásate conmigo». En lugar de una interrogación, había emitido una orden.

Sabía que Morgan estaba tan acostumbrado a dar órdenes que a veces no se daba cuenta de que usaba un tono dictatorial, pero aquélla era una circunstancia muy especial. Una proposición de matrimonio la dirigía un hombre a una mujer cuando esperaba, pero no estaba seguro, que la mujer lo amara y consintiera en casarse con él.

El que Morgan hubiera dado una orden en lugar de hacer una pregunta, era un indicio de que estaba tan seguro de ella que no veía la necesidad de perder el tiempo preguntando. Sólo le había dado a elegir entre Las Vegas y Conroe.

Estaba tan seguro de ella que se había saltado los preliminares. Después de todo, para qué iba a molestarse en suplicar cuando estaba convencido de que la mujer con la que había decidido casarse lo adoraba tanto que no se le ocurriría rechazar la oferta.

Y una mujer que lo adoraba hasta ese punto tampoco objetaría a tener que organizar la boda en dos semanas. Pero que él prefiriera una boda rápida en Las Vegas sugería cosas aún peores. Por ejemplo, que no quería interrumpir su vida rutinaria en su amado rancho sólo para casarse con una mujer que lo aceptaría en cualquier circunstancia. Selena tuvo un ataque de orgullo al darse cuenta de que ella era precisamente esa mujer.

Sería distinto que Morgan la amara tanto que quisiera mantenerse célibe hasta que fueran marido y mujer, y temiera no poder contenerse si tardaban demasiado en casarse. Pero la prisa podía deberse sólo al deseo sexual y no al respeto. Tampoco era una prueba de amor que le hubiera dado un ataque de celos días antes. Podía no ser más que una señal de que se había sentido atacado en

su orgullo de dueño y señor.

Selena estaba cada vez más segura de que Morgan le había dado la sortija movido más por sentimientos de posesión y de lujuria que por amor. Morgan era un ganadero cuyas reses llevaban una marca con su nombre. Incluso sus vehículos la llevaban.

Si deseaba que el mundo entero supiera que una mujer determinada le pertenecía, no podía marcarla con un hierro. Le tenía que regalar una sortija de compromiso.

Además Morgan era muy competitivo y probablemente no quería perder el tiempo con flores y citas cuando estaba seguro de ser muy superior a cualquiera de sus rivales.

Y por último no había que olvidar que una de sus obsesiones era la eficiencia. Siempre iba directo a su objetivo para, una vez conquistado, poder lanzarse al siguiente reto.

Pero Selena no quería ser un reto ya conseguido. Las victorias demasiado fáciles se olvidaban pronto y se convertían en trofeos anodinos, abandonados en estanterías inaccesibles para llenarse de polvo.

¿O quizá estuviera haciendo un mundo de un pequeño detalle? ¿Se estaría dejando llevar por el pánico porque todo había sucedido demasiado deprisa?

Amaba a Morgan desde hacía tanto tiempo que convertirse en su prometida era un sueño hecho realidad. La libertad de amarlo abiertamente, de tener sus hijos y de compartir la vida con él era lo que siempre había ansiado, sin atreverse a creer que llegaría a suceder.

Y cuando de pronto parecía posible, Morgan se olvidaba de mencionar la palabra amor. Y gracias a que él no la había dicho, tampoco había escapado de los labios de ella.

Con un suspiro, Selena decidió bajar y comprobar qué sentía al encontrarse cara a cara con él. Eran las seis de la mañana y no dudaba que Em y Minna estarían extrañadas de que no hubiera ido a desayunar todavía. Dedicó una última mirada a la sortija y bajó la mano para no volver a verla.

* * *

Morgan estaba sentado a la cabecera de la mesa y, al verla entrar, se puso en pie para recibirla. El brillo de sus ojos al mirarla hizo que Selena se relajara un poco. Morgan le dio un frío beso en la mejilla y se sentó. Selena lo observó y vio que en su cara no había la más mínima huella de tensión. Sus rasgos se habían suavizado y parecía estar de buen humor.

Selena se sintió como una cría. Morgan podía no tener tacto, pero siempre hacía las cosas con la mejor de las intenciones. Quizá estuviera tan seguro de sus sentimientos que ni se le había ocurrido preguntarle si quería casarse con él.

Pero había otra posibilidad en la que no había pensado hasta ese instante. ¿Sería más vulnerable de lo que ella nunca había imaginado y esa vulnerabilidad le impedía mostrarse frágil y suplicante ante una mujer? Era verdad que Morgan era extremadamente orgulloso. Pero a menudo el orgullo no era más que una fachada para ocultar la vulnerabilidad.

El corazón de Selena se aceleró ante tal posibilidad y de pronto su mente se aclaró. Morgan había elegido casarse con ella y, por tanto; la prefería a las demás mujeres que conocía. Que la amara o lo uniera a ella otro tipo de sentimiento, era otra cuestión.

Le había dado la sortija de compromiso en el salón donde todos los Conroe se habían prometido. El que mantuviera la tradición significaba que confiaba en tener un largo y feliz matrimonio.

Em y Minna llegaron con el desayunos.

—Ya era hora —dijo Em—. Nos preguntábamos si habrías llegado tarde del club.

Selena fue más consciente que nunca de la sortija que llevaba en el dedo y miró a Morgan. Em y Minna tenían el derecho a ser informadas del compromiso lo antes posible. Se casaran donde se casaran, las hermanas necesitarían todo el tiempo disponible para prepararse.

Y, en cualquier caso, no tardarían en ver el diamante en su dedo, a no ser que escondiera la mano bajo la mesa.

Morgan esbozó una sonrisa y dijo en voz sólo audible para ella:

—Ahora o más tarde. Cuando tú quieras.

Selena sintió un nudo en la garganta. Aunque acababa de decidir no preocuparse más de si Morgan la amaba o no, sabía que en cuanto le dieran la noticia a las hermanas, no habría marcha atrás.

Dio vueltas al anillo en el dedo mientras decidía qué hacer. Amaba a Morgan y quería casarse con él. ¿Importaba que no hubiera dicho las palabras mágicas? Lo que estaba claro era que no las pronunciaría durante el desayuno. Tal vez nunca. Cualesquiera que fueran sus sentimientos hacia ella, ella lo amaría siempre. Hizo una señal a Morgan y de pronto se sintió completamente relajada.

—Está bien. Dilo.

Morgan alargó la mano y tomó la de Selena de manera que la sortija fuera bien visible. Em y Minna la vieron al instante.

Selena tuvo que contener una carcajada al ver la sorpresa reflejada en sus rostros. Morgan las miraba con dulzura, esperando a que reaccionaran.

—Más os vale buscar una buena receta para la tarta —dijo, con gesto serio pero un brillo malicioso en los ojos.

Em se quedó paralizada unos segundos, mirándolos con la boca abierta. Minna también estaba perpleja. Las dos tenían los ojos abiertos como platos. Finalmente, Em se volvió a Minna y se fundieron en un abrazo, al tiempo que daban gritos de alegría.

Morgan y Selena se pusieron en pie y se dejaron abrazar y besar.

—Imagínate —dijo Em, que parecía haberse quedado sin palabras—. ¡El jefe y Selly!

Los abrazos y los besos se repitieron y las tres mujeres acabaron con los ojos llenos de lágrimas.

De pronto Em miró la comida que acababan de dejar en la mesa.

—Vamos a tener que calentarlo todo de nuevo.

Morgan la detuvo.

—No hace falta, Em. Lo importante es que Selena decida dónde celebrar la boda. Queremos que tú y Minna estéis con nosotros.

Minna se secó los ojos con el delantal.

—¡Qué gran honor!

Em puso los brazos en jarras, dispuesta a participar en la decisión.

—¿Cuáles son las opciones?

—Las Vegas este fin de semana o Conroe dentro de dos semanas.

Mina se llevó la mano a la boca y se acercó a Em con gesto nervioso.

—Si fuéramos a Las Vegas podríamos ver a Wayne Newton —dijo, dándole con el codo.

—Podemos verlo en otra ocasión. —Em se volvió hacia Selena —. Tienes que decidirlo tú.

Los tres miraron a Selena.

—Morgan no se da cuenta de que es muy poco tiempo, pero yo querría que fuera aquí —dijo con voz temblorosa.

Em la tranquilizó con un gesto de la mano.

—Si Minna y yo no podemos con todo, el jefe, ya que tiene tanta prisa, contratará a alguien para que nos ayude. Tú solo tienes que preocuparte de sacar la licencia y de buscar un vestido para ti y para las damas de honor. En la imprenta tendrán que darse prisa para hacer las invitaciones y que podamos mandarlas el lunes.

—No quiero someteros a tanta presión —dijo Selena, titubeante. No quería causar problemas—. Cuatro semanas sería un plazo mucho más razonable.

—Ser razonable no es siempre lo mejor —dijo Minna—. No es más que una gran fiesta con vestidos de gala.

Em apoyó la idea.

—El jefe tiene una chequera y nosotras conocemos a todo el mundo. Lucy y su hija se encargarán de las flores, nosotras haremos la tarta…

Las hermanas improvisaron un plan para llevar a cabo una tarea que parecía imposible unos minutos antes. Lo primero en la lista de Em era ir las tres a por un vestido en cuanto abrieran la tienda.

Morgan no parecía sentir ni la más mínima inquietud ni tenía problemas de apetito. Cuando Selena lo miró vio que la contemplaba con ojos brillantes y se dio cuenta de que nunca lo había visto tan contento. Ni tan guapo.

* * *

El vestido que Selena eligió era elegante y clásico, con encaje y pedrería. Incluía una peineta española con perlas, desde la que salía un velo, también de encaje y pedrería.

El impresor accedió a hacer las invitaciones el fin de semana para que pudieran enviarlas el lunes. El domingo, Lucy, de la tienda de flores, les llevó el catálogo al rancho y desde ese momento en la casa hubo un continuo ir y venir de gente.

Selena tuvo que hacer un viaje durante la semana San Antonio para dejar su trabajo. Hubiera preferido avisar con más tiempo, pero no le quedó otra opción. Ella y Morgan llevaron de su piso algunas cosas al rancho, pero el mobiliario y lo demás tendría que esperar a que volvieran de la luna de miel.

Aparte del viaje a San Antonio, Selena apenas vio a Morgan. En las pocas ocasiones que coincidieron ni siquiera tuvieron tiempo para charlar, sobre todo por que los besos de Morgan impedían cualquier tipo de conversación. Em y Minna también le habían dado a él una lista de tareas y había cumplido con ella, además de seguir dirigiendo el rancho y de hacer un viaje de negocios inaplazable.

La víspera de la boda llegó y todo estaba listo. Después de hacer un ensayo general de la ceremonia en la carpa que habían montado en el patio trasero, Morgan, Selena, el pastor y su mujer cenaron juntos en el pueblo.

Cuando volvieron a la casa, Em y Minna tenían prohibido trabajar en la cocina o en cualquier otra labor doméstica. La cocinera de los trabajadores del rancho se ocuparía del desayuno. Las hermanas sólo tenían que arreglarse y ayudar a Selena a vestirse.

Debido a que Morgan había organizado una barbacoa para el mediodía, iba a ser la primera vez que otras personas, aparte de Selena, entraran en la cocina. Tanto Em como Minna parecían haberlo aceptado sorprendentemente bien, sobre todo desde que decidieron que preferían participar en la boda en lugar de dedicarse a proteger su territorio.

A primera hora de la mañana habían subido algunas de sus cosas al piso superior, colocándolas entre el dormitorio de Selena y el de Morgan. Estaban decididas a que fuera una boda con todos los elementos tradicionales: que la novia y el novio no se vieran antes de la ceremonia, que la novia llevara algo nuevo, algo prestado y algo azul, y algunas otras cosas más. Entraron en la habitación de Selena en cuanto ella y Morgan se dieron las buenas noches. Empezaron a comprobar que todo estuviera fisto y acabaron con los ojos llenos de lágrimas. Selena les dio los regalos que había encargado especialmente para ellas en San Antonio, dos sortijas con sus respectivas piedras de nacimiento, y ellas le regalaron un broche de plata con una piedra incrustada en forma de corazón que, al

abrirse, dejaba espacio para dos fotografías.

Después de los abrazos y los besos, se secaron las lágrimas y Em adoptó una actitud solemne.

—Minna y yo estamos muy contentas de que Morgan y tú hayáis tomado esta decisión. Temíamos que tardarais demasiado tiempo.

—Sí —confirmó Minna—. Debíais haberlo hecho hace años. Siempre temimos que perdieras tu oportunidad.

—Min, no es el momento de decir esas cosas —le reprochó Em.

—¿Qué cosas? —preguntó Selena, intrigada.

Era evidente que Minna quería hablar de ello, así que continuó:

—Em y yo tuvimos novio cuando éramos jóvenes. El de Em se mató en un accidente. El mío me pidió que me casara con él, pero a nuestro padre no te gustaba y tuve que rechazarlo. Pasaron muchos años antes de que Em dejara de desdeñar pretendientes porque no le gustaban tanto como su Joe, y otros tantos para que yo decidiera dejar de hacer caso a mi padre.

Em se había dado por vencida, y añadió:

—Pero entonces ya habíamos perdido todas nuestras oportunidades.

—Y aquí nos tienes, solteronas —concluyó Minna—. Empezábamos a pensar que se lo habíamos contagiado a Morgan. Pero siempre es distinto en un hombre.

Em apretó la mano de Selena afectuosamente.

—No te ofendas, pero nos tenías preocupadas. Estaba segura de que pensabas que no había otro hombre como Morgan.

—Y fue entonces cuando vimos la oportunidad de ayudaros así que…

Em tosió ruidosamente e interrumpió a Minna de una manera tan obvia que Selena la miró sorprendida.

La tos tuvo el efecto deseado y Minna concluyó algo balbuceante:

—Así que estamos encantadas de que hayáis espabilado.

Lanzó una mirada a Em en busca dé su aprobación y Selena sintió curiosidad por aquel pequeño secreto.

Como si Em pudiera leer su pensamiento y quisiera evitar preguntas, se dio una palmada en los muslos.

—Bueno, es hora de dormir. Todos los invitados han respondido que estarán encantados de asistir a una boda a las diez de la

mañana. Espero que los hermanos Swisher hayan aprendido por fin a preparar una buena barbacoa.

—Sí. —Minna puso los ojos en blanco—. Y espero que hayan comprado bastante carne.

—Lo cierto es que le prometimos a Morgan no protestar, así que tendremos que resignarnos —concluyó Em, poniéndose en pie.

Selena sonrió. Recordaba las quejas de Em y Minna sobre los hermanos Sarge y Dooley Swisher y le sorprendió que aún se dedicaran a preparar barbacoas cuando no estaban trabajando en su pequeño rancho cerca de Coulter City.

—Si tenemos que aguantar a esos donjuanes a cambio de que Selena y Morgan se casen, estoy dispuesta a sacrificarme —dijo Minna, levantándose a su vez.

Tras otra tanda de abrazos, las hermanas se fueron a su dormitorio. Selena se metió en la cama, pero estaba tan nerviosa que creyó que no pegaría ojo en toda la noche.

Capítulo 10

Morgan estaba empezando a perder la paciencia mientras esperaba, detrás de los invitados, a que llegaran Em y Minna. Llevaban cinco minutos de retraso. Por fin vio a Minna a través de las cristaleras de la cocina y se tranquilizó.

Las hermanas habían insistido en que los invitados se sentaran de espaldas a la entrada para que Selena pudiera salir desde la cocina en lugar de tener que dar la vuelta a la casa bajo el calor del sol.

El pastor no parecía compartir la impaciencia de Morgan y sonreía bondadosamente. Mientras, el organista tocaba música suave y melodiosa.

Morgan observó a Minna acercarse a la puerta de cristal, pero se puso aún más nervioso al ver que se limitaba a hacer una señal al pastor al tiempo que le dirigía a él un gesto de que se diera la vuelta. Las hermanas habían llevado al límite la prohibición de que los novios se vieran antes de que comenzara la ceremonia.

El pastor le tocó el brazo para recordarle que se volviera, ocupó su puesto e hizo una señal al organista. La música cambió pero Morgan no reconoció el tema. Esperó a que el pastor recorriera el pasillo hasta la pérgola que habían preparado Lucy y su hija para protegerlos del sol durante la ceremonia.

Cuando el pastor hizo una señal, avanzó por el pasillo al ritmo de su propia impaciencia más que al de la música. Allí estaban todas las personas con las que alguna vez había tenido algo que ver y de pronto se arrepintió de que fueran testigos de aquel momento

de su vida.

Al llegar bajo la pérgola, la música cambió una vez más. En aquella ocasión sí reconoció la melodía, pero en cuanto oyó las primeras notas la declaración sorpresa que había memorizado se le borró de la mente.

Como no conseguía recordarla, se alegró de no haberle dicho nada a Selena. Tendría que pensar en la manera de decirle al pastor que había cambiado de idea. Por el momento, sólo era capaz de concentrarse en lo que iba a pasar durante los siguientes minutos.

Ya había visto a Em y a Minna y las había encontrado muy guapas. La primera estaba vestida en tonos rosas y la segunda en amarillos. Morgan nunca las había visto tan elegantes. No aparentaban en absoluto los sesenta años que tenían.

Pero en cuanto vio a Selena su vista se cegó a todo lo demás. Iba vestida de la cabeza a los pies de satén blanco y encaje y, como si fuera la princesa de un cuento de hadas, estaba salpicada de puntitos brillantes. Cuando estuvo a unos metros de él, bajo el sol, las pequeñas chispas explotaron en un millón de estrellas.

Tomó su mano en cuanto llegó a su altura y, a su pesar, volvió la vista hacia el pastor. Podía ver la tensa sonrisa de Selena bajo el velo.

El pastor logró captar su atención y él pudo concentrarse y seguir la ceremonia. La mano de Selena temblaba entre las suyas. Había pensado que todo acabaría en cinco minutos, pero se le hizo eterno. Consiguió hablar en los lugares precisos y decir lo que debía, pero el discurso que había preparado seguía ausente de su cabeza.

Llegado el momento le puso la alianza a Selena. Era entonces cuando había planeado decir sus palabras, pero miró a Selena a través del velo y se alegró de haberlas olvidado. No eran lo bastante elocuentes para la solemnidad que requería la ocasión.

No comprendía cómo había pensado decir cosas tan privadas delante de toda aquella gente. Decidió reservarlas para más tarde. Hizo una señal al pastor y éste siguió adelante con la ceremonia.

Morgan ya no oyó nada hasta las palabras que señalaban el final:

—Puede besar a la novia, señor Conroe —afirmó el pastor.

Nunca había obedecido una orden con tanto gusto. Sólo cuando

Em le dio un golpe en el costado se dio cuenta de que se había demorado más de lo debido.

Antes de que el pastor los proclamara marido y mujer, Morgan ya conducía a Selena por el pasillo. Tuvo que recordar que ella llevaba traje largo para aminorar el paso.

* * *

La mayoría de los invitados se había marchado ya y sólo quedaba gente del servicio de limpieza. Em y Minna estaban en la salita. Morgan les había ordenado descansar y ellas habían obedecido agradecidas.

Selly echaba la siesta en el piso superior y las dos hermanas se arrepintieron de no haber seguido su ejemplo al ver entrar a los hermanos Swisher.

—¿Os ha gustado la comida, chicas? —preguntó Sarge, acercándose a ellas seguido de Dooley.

Era evidente que los hermanos estaban encantados de que Morgan los hubiera contratado para ocuparse de la barbacoa. Siempre aprovechaban cualquier oportunidad para coquetear con Em y Minna, y de hecho con cualquier mujer que no hubiera cumplido los ochenta.

—La carne ha estado muy bien, pero a la ensalada le sobraba vinagre —dijo Em.

Sarge y Dooley eran altos y enjutos. Sarge casi se quebró al inclinarse hacia ella.

—Yo diría que esa ensalada era como nosotros: es decir, necesitaba un poco de azúcar. ¿Qué te parece si salimos los cuatro esta noche?

Em se ruborizó y sintió una alegría infantil al recibir una nueva invitación que Minna y ella, una vez más, rechazarían.

Pero bien a causa de la boda, o de las flores, o de la felicidad que Selena y Morgan irradiaban, en aquella ocasión les resultó más difícil de lo habitual. El hombre y la mujer a los que más querían en el mundo se habían unido y tenían delante de sí un prometedor futuro. Aquello era lo suficientemente importante como para marcar aquel día con una acción temeraria.

—No sé cuánto tardaremos en recoger —dijo Era, evitando dar una respuesta directa.

Dooley la miró con ojos brillantes.

—Nos preguntábamos si nos prepararíais una bandeja con rollitos de canela como los que llevasteis a Lucy y a la agencia de coches.

—Estaban deliciosos —dijo Sarge—. Aún mejores que la tarta de limón.

Dooley asintió.

—Opino lo mismo. La tarta de limón y la de chocolate estaban buenísimas, pero nada tan delicioso como los rollitos.

Dooley sonrió.

—Sarge y yo queremos saber qué tenemos que hacer para que nos paguéis con una bandeja de ésas.

Em lanzó a Minna una mirada de pánico. Minna también pareció asustarse, pero fue la primera en reaccionar.

—Sois muy amables —dijo, sonriendo beatíficamente, al tiempo que cambiaba de tema—. ¿Habéis visto la película que acaban de estrenar? Trata de una mujer que adopta a unos niños y luego enferma.

Em estaba segura de que el argumento les resultaría tan poco atractivo como les había parecido a ellas cuando lo leyeron en la prensa. Pero no era fácil desalentar a aquellos conquistadores.

Eran todos demasiado mayores para aquel juego y los hermanos eran famosos por no haberse interesado jamás seriamente por ninguna de las mujeres con las que coqueteaban. Minna y Em siempre habían preferido ser conocidas como las mujeres que los rechazaban, a aceptarlos para luego ser ignoradas por ellos.

Pero en aquella particular invitación habían incluido una sutil amenaza de chantaje. Y Em se preguntó cuánto sabrían los hermanos verdaderamente. Como mucho, podían intuir que las tartas y los rollitos que habían horneado eran el pago a Lucy y a la agencia por haberles hecho algunos favores.

Ella y Minna todavía no habían decidido cuándo contarles a Morgan y a Selena lo que habían hecho. Ni siquiera estaban seguras de que debieran hablarles de ello.

Sarge fue el primero en reaccionar tras la poco atractiva propuesta de Minna.

—Seguro que está muy bien —dijo, en un tono menos frívolo de lo habitual.

Em no pudo evitar sentir cierta alegría. Los hermanos Swisher podían ser unos incorregibles solterones, pero también eran muy divertidos.

Y puesto que ella y Minna iban a pasar la noche de todas formas en el pueblo para que Selena y Morgan tuvieran la casa para ellos solos, no había ningún mal en que los hermanos las invitaran al cine y tal vez a unas palomitas.

Miró a Minna. Sin necesidad de palabras, las dos supieron que, por primera vez en muchos años, iban a aceptar a los Swisher.

* * *

Ya eran las siete cuando Em y Minna se despidieron y se fueron al pueblo. Selena se alegraba de haber descansado un rato.

Había sido un día perfecto. El fotógrafo que Morgan había contratado había sacado unas fotografías preciosas de ellos dos y las hermanas Peat. Después de la sesión, los cuatro se cambiaron de ropa y se reunieron con los invitados.

Aunque apenas hacía tres semanas que estaba de vuelta en Conroe, Selena tenía la sensación de que había pasado mucho más tiempo, sobre todo porque cuanto más cerca estuvo la fecha de la boda, menos había visto a Morgan, y los días se le habían hecho muy largos.

Y saber que a partir de aquel día podía estar tanto como quisiera con él la llenaba de gozo.

No recordaba haberlo visto nunca tan relajado y sociable. Em y Minna, una vez liberadas de sus habituales labores, habían disfrutado haciendo de anfitrionas, y Morgan había intervenido cada vez que habían tenido la tentación de ocuparse de algo.

Después de la siesta, Morgan la miró con un intenso brillo en los ojos, pero como todavía quedaba gente en la casa, sólo habían podido darse algunos besos furtivos y el brillo no había podido convertirse en fuego.

En cuanto se quedaron solos, Morgan se volvió hacia ella y le puso las manos en la cintura. Sus labios se curvaron en una sonrisa

insinuante.

—¿Estás contenta de haberte casado conmigo? —preguntó.

Selena sonrió a su vez.

—Hasta ahora, sí.

—Me alegro de que no te hayas soltado el pelo.

Selena entrelazó el brazo con el de Morgan.

—Yo también —dijo. Morgan avanzó con ella hacia el interior de la casa—. ¿Quieres cenar?

—¿Prefieres que se haga de noche antes de subir? —preguntó él.

—Ahora que estamos solos, sí. Aunque la verdad es que no tengo hambre.

—Yo tampoco. ¿Quieres que vayamos al salón y abramos el champán? Ya debe de estar frío.

Entraron y Morgan acompañó a Selena hasta un sofá antes de abrir la botella y servir dos copas. Le alargó una a Selena.

—¿Quieres que haga los honores? —Selena asintió y Morgan alzó su copa—. Por un matrimonio largo y feliz.

Bebieron tras el brindis y Morgan dejó las dos copas sobre una bandeja.

—Minna ha sacado la Biblia de la familia para que añadamos nuestros nombres.

Tomó a Selena de la mano y fueron a la mesa sobre la que descansaba la vieja Biblia de cuero. Morgan la abrió con cuidado y, juntos, leyeron la lista de nombres. Cada uno de ellos estaba escrito en mayúsculas y con la firma correspondiente debajo. Selena se dio cuenta de que, hasta Buck, la familia había sido muy numerosa.

—Vamos a tener que hacer algo para que la lista aumente —bromeó, y Morgan rió.

—¿Qué te parece media docena? Podemos tener varios gemelos para no tardar demasiado.

Al tiempo que hablaba, Morgan se inclinó, escribió su nombre y firmó. Selena escribió el suyo a la derecha. Ya formaba parte de la historia de la familia Conroe. Algún día sus hijos e hijas escribirían sus nombres allí, junto con el de sus cónyuges. Selena le dio el bolígrafo a Morgan y cerraron la Biblia.

Entonces él la tomó en sus brazos y ella supo en cuanto la besó que no pensaba esperar a que oscureciera para subir al dormitorio.

—Supongo que has adivinado que se me ha acabado la paciencia

—dijo él, viéndola ruborizarse.

Selena sonrió y estrechó los brazos alrededor de su cuello mientras Morgan subía las escaleras y la llevaba, cruzando el pasillo, hasta su dormitorio. A pesar de que había dado órdenes estrictas de que no se cambiara nada, Minna y Em habían introducido algunos detalles en su dormitorio.

En cuanto entraron, Selena dejó escapar una exclamación de sorpresa y Morgan se quedó petrificado. Había flores y velas por todas partes.

—¿Qué vamos a hacer con todo esto después de esta noche? —masculló. Pero Selena adivinó una sonrisa bajo su fingido enfado.

Morgan la llevó hasta la cama y comenzó a besarla antes de que sus pies tocaran el suelo. De pronto separó sus labios de los de ella y tomó su rostro entre las manos.

—Antes de que no pueda parar…

Su voz sonó profunda y aterciopelada y al mismo tiempo, comenzó a buscar horquillas en el cabello de Selena y a retirárselas con delicadeza, una a una, hasta encontrarlas todas. Selena cerró los ojos y oyó el ruido de las horquillas sobre la mesilla. Después sintió los dedos de Morgan sobre el primer botón de su corpiño. Levantó las manos y las puso en la cintura de él. Morgan se inclinó para besarle el escote y a Selena le temblaron las piernas. Él le desabrochó dos botones más, lentamente, y Selena se sintió decepcionada al darse cuenta de que se detenía.

—Hay algo que quería haber hecho durante la ceremonia, pero al final me he arrepentido —dijo Morgan.

Selena hizo un esfuerzo para abrir los ojos.

—¿El qué? —preguntó totalmente desconcertada. Para ella, la ceremonia había sido perfecta.

—Le dije al pastor que, al ponerte la alianza, quería decir unas palabras. Lo tenía todo preparado, pero de pronto se me olvidaron. Cuando las recordé, pensé que no eran lo bastante elocuentes y preferí reservarlas para este momento. Tenía miedo de estropear la ceremonia.

A Selena le conmovió tanto que Morgan hubiera preparado unas palabras como que le hubiera avergonzado decírselas en público.

—Cariño, lo único que podría haberme estropeado el día habría sido que cancelaras la boda. ¿Qué ibas a decirme?

Morgan sonrió tímidamente.

—Siéntate y te las diré —dijo. Hizo que Selena se sentara en el borde de la cama y se arrodilló ante ella.

El dramático gesto hizo reír a Selena y Morgan la miró con ojos brillantes.

—¿Me arrodillo ante ti para entregarte mi corazón y tú te echas a reír? —bromeó.

Selena se inclinó, le tomó el rostro entre las manos y adoptó una expresión solemne.

—Lo siento. Estoy un poco nerviosa.

Morgan frunció los labios.

—Yo también.

Selena lo besó con el placer de saber que podía hacerlo siempre que quisiera y que a él le gustaba. Pero estaba ansiosa por saber qué iba a decirle.

—Vamos, cuéntame —dijo con dulzura. Y, asombrada, vio que Morgan se ruborizaba.

Su corazón estuvo a punto de estallar ante la sospecha de que iba a oír las palabras que tanto deseaba. Contuvo la respiración.

—No sé expresarme mejor —dijo él, con una timidez que Selena desconocía en él—, pero quiero que sepas lo que siento desde hace más tiempo del que he querido reconocer.

Tomó la mano que Selena posaba en su mejilla y se acarició la barbilla con ella. Después le besó la palma y miró a Selena fijamente.

—Todo lo que tengo es tuyo, Selena —dijo con dulzura—. Todo lo que soy y lo que seré, todo lo bueno que pueda darte y todo lo bueno que un hombre puede sentir por una mujer, todo, te pertenece.

Sonrió y Selena pensó que era el hombre más guapo del mundo.

—Como te he dicho, sé que este sentimiento no es nuevo, pero no quería admitirlo. Por eso quiero decirte algo más: te quiero, y, por tanto, también mi corazón te pertenece.

Su voz profunda fue como una caricia para Selena y en su interior sintió un estallido de felicidad.

—Te amo, Morgan, con todo lo que tengo y lo que soy —susurró.

Se echó en brazos de él y lo besó apasionadamente. Morgan se

incorporó, puso una rodilla en la cama y echó a Selena hacia atrás.

Las palabras y las expresiones de amor se sucedieron entre besos, hasta que la pasión les hizo demostrarse lo que sentían el uno por el otro en silencio. Y al derrumbar las barreras que contenían los sentimientos reprimidos, también se quitaron las que la ropa marcaba entre sus cuerpos.

En algún momento retiraron la colcha, aunque ninguno de los dos recordara haberlo hecho. Las velas continuaban brillando, pero ellos no necesitaban para alumbrarse más que el resplandor del enorme amor que llenaba sus corazones y el fulgor que irradiaban sus cuerpos. Era el fulgor de la pasión llevada al límite y que ninguno de los dos hubiera imaginado posible.

Como los grandes amantes de la historia antes que ellos, sus corazones se llenaron con cada caricia hasta que las ataduras que los mantenían unidos a la tierra fueron cortadas y los dos se elevaron a los cielos.

Más tarde, se quedaron adormilados. Pero pronto volvieron los susurros y las declaraciones de amor, y las primeras caricias llevaron a los besos. Los labios que besaban comenzaron a mordisquear y a pellizcar. Los amantes quisieron estar cada vez más cerca, volar más alto. Y no tuvieron que esperar para volver a flotar y emprender un nuevo viaje por las estrellas.

FIN



Susan Fox se crió con su hermana, Janet, y su hermano, Steven, en una superficie de cerca de Des Moines, Iowa, donde, además de gatos y perros callejeros había dos caballos y ponis; su mascota favorita y confidente era Rex, su marrón y negro caballo castrado pinto.

Susan ha criado a dos hijos, Jeffrey y Patrick, y actualmente vive en una casa que ella riendo refiere como el relleno sanitario y depósito de libros. Ella escribe con la ayuda y el estorbo de cinco traviesos felinos de pelo corto: Gabby, un hablador carey percal; Buster, un sólido de león amarillo con patas blancas y las marcas faciales, y su hermana, Pixie, un calicó tricolor; Toonses, una regordeta negro y negro, y el diabólico alegremente, juguetona tigre negro Eddie, también conocido como amante de Eduardo.

Susan es una fan bookaholic y cine que ama vaqueros, rodeos, y el oeste de Estados Unidos, el pasado y el presente. Ella tiene un gran interés en contar historias de todo tipo y en la política, y ella dice los dos son a menudo intercambiables.

Susan le encanta escribir caracteres complejos en situaciones emocionalmente intensas, y se espera que sus lectores disfrutan de sus historias rancho y son elevados por sus finales felices.

Sitio web oficial: http://www.susanfox.org/